

NOTAS DE VIAJE

**Notas del General francés
Charles Mangin
1923**

Versión en Castellano de Hernán MINDER PINO

La Cuestión del Pacífico

Chile y Perú, ambos formados de los restos del imperio colonial español, están unidos por una lengua, una religión y un origen comunes. Sin embargo, los conquistadores se dirigieron preferentemente hacia el clima más parecido al de su región natal ; así los vascos y los asturianos se alejaron más del Ecuador hacia el sur, esto es hacia Chile ; los castellanos y especialmente los andaluces, se quedaron más bien en el Perú. En el norte encontraron los indios guetchuas (sic), estrictamente disciplinados por la dinastía de los Incas y cuyas calidades eran antes que nada pasivas ; los guetchuas no opusieron ninguna resistencia a la dominación española y no se rebelaron sino que por medio de sobresaltos bruscos y violentos, es verdad, pero escasos y cuya explosión fue cruelmente reprimida por el poder central de Lima ; los mestizos fueron numerosos, pero la mayoría de la población continúa siendo india pura y habla su lengua, el guetchua. Al sur, por el contrario, los feroces araucanos lucharon por su independencia hasta la exterminación casi total ; estas luchas continuas conservaron en los conquistadores españoles toda su energía y se mezclaron con una raza más guerrera que la del Perú. Por otro lado, las necesidades de la obra de mano en un país tropical habían llevado al Perú la trata de esclavos negros, cuyo cruzamiento con los blancos produjo mulatos y con los indios, los *zambos* ; después de la supresión de la trata, se echó mano a la inmigración china. Todas estas mezclas no se produjeron en Chile, donde subsisten sólo dos elementos, el europeo y el mestizo, que hablan ambos el español. Un clima más temperado y una población más homogénea, he ahí las dos principales ventajas de Chile sobre el Perú.

Como consecuencia, calidades más serias, menos brillantes quizá, pero con más fondo. El orden y el trabajo reinan ; los disturbios civiles parecían inevitables durante el período de organización y ellos duraron en Chile hasta alrededor de 1830, pero la Constitución de 1833 les puso fin y desde entonces la transmisión de los poderes se hace regularmente. Pero por el contrario, los disturbios civiles continúan a afligir periódicamente al Perú ; la política extranjera y las finanzas se resienten con ello. Es justo hacer notar que en el Perú, como en Chile, las herramientas económicas están en buena vía, que se construyen puertos, que las vías férreas escalan intrépidamente la Cordillera de Los Andes, pero en los dos países el presupuesto es alimentado principalmente por las recaudaciones aduaneras, a la entrada de las mercancías extranjeras, y a la salida, por los productos del suelo, metales, minerales, artículos

agrícolas, nitratos y guanos. Yacimientos de nitrato explotados por chilenos en territorio de Bolivia y del Perú, motivaron la guerra del pacífico.

Entre Perú y Chile se extendía Bolivia, cuyo territorio montañoso estaba separado del mar por un largo desierto; en la costa, un puerto y una región rica en nitrato están alejados del centro nacional y la explotación de estos recursos está entre las manos de empresas chilenas. Los conquistadores españoles de Bolivia se mezclaron mucho con los indios aymarás, raza enérgica; y a pesar de esta circunstancia, bastante favorable, esta república es el Estado más perturbado del universo, puesto que ha conocido más de sesenta revoluciones y seis presidentes asesinados en el curso del siglo XIX. Esta inestabilidad contante se repercutía en las finanzas, en la organización y el armamento de las tropas, pero especialmente en la política extranjera.

En el curso del período de trastornos que había seguido a la liberación de la América Española, Bolívar había tratado de conservar una cierta unidad en este nuevo mundo y en particular de reunir la Bolivia y el Perú, comenzando por darles la misma Constitución. A pesar de los esfuerzos de Sucre, su mejor lugarteniente, fracasó. Santa Cruz, Presidente de la República de Bolivia por segunda vez de 1829 a 1839, había dado a su país el orden y la paz, buenas finanzas y un ejército sólido. Llamado a actuar en el Perú por los competidores a la Presidencia de la República, había creado una confederación Perú-boliviana, de la cual él era el “Jefe Supremo, encargado de las relaciones exteriores”. Descendiente de los antiguos Incas por su madre, la *cacica* de Guarina¹, aparece como el sucesor de Bolívar en la organización centralizada y se le sospecha de tener ambiciones más altas. Esta personalidad poderosa y especialmente la unión que había ya realizado creó grandes aprehensiones en Chile, donde por entonces gobernaba de hecho un hombre de Estado notable, Portales, quien fue ministro de varios presidentes y había dado a su país la Constitución de 1833, que daba al poder central una autoridad muy fuerte, como parecía necesaria en el período de formación nacional que atravesaba Chile. Y tuvo la energía de aplicar esta Constitución. También lanzó su país en una *Campaña libertadora* contra la “violación injusta de la soberanía del Perú”. Una primera expedición dirigida por el general Blanco Encalada fracasó, en 1837; la segunda tuvo éxito bajo el mando del general Bulnes, ayudada por revolucionarios peruanos, pese a la muerte de Portales acaecida en una refriega provocada por una sedición militar, por lo demás reprimida de inmediato. Traicionado por sus lugartenientes, Santa Cruz debió exilarse y los dos países cayeron de nuevo en un período de disturbios, todavía más frecuentes en Bolivia que en Perú.

Chile, que había contribuido a la liberación del Perú en cuanto la acción de los argentinos hubo asegurado su independencia con San Martín, se unió al Perú cuando España ocupó las islas Chinchas en 1864; desde que la paz con el Perú fue restablecida, España se volvió contra Chile que pagaba con el cruel bombardeo de Valparaíso su intervención en la querrela; pero entonces el Perú había retomado espontáneamente las

¹ Huarina es el lugar de nacimiento del Presidente Santa Cruz. NdT.

armas y rechazado la escuadra española en el el Callao: esta derrota apareció como una revancha del bombardeo de Valparaíso.

Parecía que esta acción contra un enemigo común hubiera recordado a los dos pueblos su comunidad de origen y de historia e incluso de intereses inmediatos; pero al mismo tiempo, en la costa meridional del Perú y al sur del pequeño litoral boliviano, el descubrimiento de ricos yacimientos de nitrato y de guano abrió una era donde frontera, régimen de explotación, derechos de salida son el objeto de discusiones cada vez más ásperas.

Los primeros descubrimientos de salitre en la provincia boliviana de Atacama habían sido hechos en 1842 y poco después el Parlamento chileno los había declarado “propiedad nacional”. El Gobierno boliviano había protestado de inmediato, el número de obreros chilenos aumentaba constantemente y el Gobierno eludía toda respuesta. Ahora bien, cada día creaba nuevos títulos a una posesión de hecho.

En 1863, el Parlamento boliviano votó una ley concebida así: “el poder ejecutivo queda autorizado a declarar la guerra al Gobierno de la República de Chile si, luego de haber agotado todos los medios de conciliación por vía diplomática, no obtiene la restitución del territorio usurpado o por lo menos una solución compatible con la dignidad nacional.” Este acto insólito hacía la discusión cada vez más difícil; pero en 1866 Bolivia cayó entre las manos e un tirano desequilibrado y sanguinario, Melgarejo, que firmó con Chile un tratado abandonando la mitad del territorio en discusión y repartiéndose productos y derechos de aduana, en una administración común convertida en una nueva fuente de impugnaciones. Nuevas conversaciones inquietaron a Bolivia; Chile, en efecto, le pedía la totalidad de su territorio marítimo, ofreciendo ayudarla a encontrar una indemnización en las provincias meridionales del Perú. A las covaderas se agregaban ahora los yacimientos de nitrato, cada vez más importantes y una mina de plata acabada de ser descubierta; las empresas chilenas aumentaban sin cesar en toda esta región, atrayendo a ella capitales y obreros chilenos. Numerosos documentos dan testimonio de la gran inquietud del Gobierno boliviano, expresada al ministro de Estados Unidos en La Paz en los mismos términos empleados hacia el Gobierno peruano; el 8 de noviembre de 1872, el Parlamento boliviano adoptaba una ley concebida en los siguientes términos: “El poder ejecutivo concluirá un tratado de alianza defensiva con el Gobierno del Perú contra toda agresión extranjera”. Las proposiciones hechas a Lima para la ejecución de esta ley son acogidas con una gran prudencia pues se teme que, fortalecida por el apoyo que solicita, Bolivia no vaya demasiado lejos en sus exigencias, aumentando así las posibilidades de “guerra entre países que deben, en razón de sus intereses recíprocos, quedar unidos en la paz”, dice el Ministro de Asuntos Extranjeros del Perú a su representante en La Paz.

Pero como la situación parecía agravarse, un tratado de alianza defensiva fue firmado entre el Perú y Bolivia, mientras que se emprendían negociaciones en Buenos Aires para integrar la Argentina en esta alianza. La Cámara de Diputados adoptó el texto propuesto por el Gobierno, pero el Senado lo aplazó. El Gobierno peruano

esperaba, un poco ingenuamente, que el tratado permanecería secreto, a pesar de las discusiones parlamentarias; pero él fue conocido por Chile, como lo prueba este despacho de la Cancillería chilena a su ministro en Buenos Aires: “Marzo de 1874. La alianza presunta del Perú y de Bolivia, de la cual usted me habla en sus despachos confidenciales de los 12 de enero, 22 y 26 de febrero últimos, había llegado a conocimiento de mi Gobierno por diversos canales y ha sido confidencialmente confirmado por el honorable representante del Brasil en esta capital”.

De las publicaciones recientes se desprende que Perú no ha cesado, particularmente en este período, de actuar como conciliador en el conflicto entre los dos Estados y particularmente de moderar la Bolivia en sus reivindicaciones. Un tratado fue concluido el 6 de agosto de 1874: al mismo tiempo de dejar a Chile el territorio que le había cedido en 1866, hacía desaparecer muchas causas de discusión; sin embargo estipulaba que: “las personas, las industrias o los capitales chilenos no serán sujetos a ninguna contribución de cualquier especie que sea, aparte de las que existen al día de hoy y esto durante un lapso de veinticinco años”. Por otro lado, toda dificultad que surgiera del tratado, debería ser sometida a arbitraje.

Un incidente de mínima importancia vino repentinamente a precipitar los acontecimientos. El dictador Melgarejo había dado a las sociedades chilenas unas muy importantes concesiones para la exportación de nitratos y el nuevo Gobierno, después de haber puesto en duda la validez de estos títulos, había aceptado una transacción con la compañía a cambio de una participación de 10% en los beneficios de la explotación. Pero al aprobar el sentido general de esta transacción, el Parlamento boliviano había sustituido a esta cláusula un derecho de 10 centavos (50 céntimos) por quintal de nitrato exportado. Bajo esta forma, la Ley del 14 de febrero de 1878 era contraria al tratado de 1874, que protegía las industrias chilenas contra toda nueva contribución.

Luego de la protestación del Ministro chileno en La Paz, el Gobierno suspendió al principio el efecto de la ley, que sin embargo había promulgado. Después, a fines de 1878, reclamó bruscamente a la Compañía 90.000 piastras (450.000 francos) como monto de los derechos que debería haber pagado desde la promulgación de la ley. El tono de la controversia entre las dos cancillerías se hizo cada vez más violento. El Ministro de Chile en La Paz recibió como instrucción, si la ley era aplicada, de denunciar el tratado de 1874 y de reivindicar todos los derechos que Chile hubiera tenido del tratado de 1866. El Gobierno boliviano suspendió todas las medidas prescritas, pero tomó otra mucho más grave al anular la concesión de la Compañía, título de propiedad que resultaba de un verdadero contrato, y al anunciar la venta pública de todas las propiedades y del material de la Compañía para el 14 de febrero de 1879.

Pero el 14 de febrero de 1879, un cuerpo de quinientos soldados chilenos desembarcaba en Antofagasta: la guerra entre Chile y Bolivia comenzaba.

Perú, que parece haber tratado de moderar su aliado, propuso entonces su mediación, que fue aceptada por Bolivia, “lista a acoger toda solución de justicia”. Envió

a Santiago un Ministro plenipotenciario encargado de proponer la evacuación de Antofagasta por las tropas chilenas, con la condición que Bolivia anularía el decreto y la ley en contra de las propiedades chilenas; pero estas proposiciones tropezaron contra las reivindicaciones territoriales de toda la zona marítima del territorio boliviano². El llamado al arbitraje, estipulado en el tratado de 1874, quedó sin efecto, como también todas las concesiones. Mientras tanto, la opinión chilena se sobreexcitaba cada vez más; el plenipotenciario peruano había sido insultado por la muchedumbre cuando desembarcaba en Valparaíso; en la capital, Santiago, su Legación era el objeto de manifestaciones violentas, donde el escudo y la bandera nacional fueron hechos pedazos.

Tanto en Santiago como en Lima, el Gobierno chileno pedía precisiones con respecto al tratado de alianza entre Bolivia y Perú y la Legación de Chile en Lima reclamaba una declaración de neutralidad. Después de haber dejado bien establecido el fin exclusivamente defensivo del tratado, el Gobierno peruano afirmó su intención de esperar las explicaciones de Chile sobre la ocupación de Antofagasta, lo que determinaría su actitud. Pero se negó a declarar su neutralidad. Sin esperar más tiempo, Chile rompió las negociaciones y el 5 de abril declaró solemnemente la guerra.

*

* *

Las fuerzas en presencia no correspondían en absoluto al estado de tensión política y al valor relativo de los beligerantes.

Generalmente se cree que las posibilidades de guerra aumentan con el número de soldados y tropas. Pues bien, en los dos campos los efectivos del ejército estaban en disminución, sensible en Chile, muy sensible en Perú. Chile, por una población de 2.500.000 habitantes sólo mantenía, en 1879, un ejército de 2.500 hombres, mientras que pocos años antes tenía 3.300 hombres en armas.; pero la Guardia Nacional de 25.000 hombres podía ser llevada a 55.000 en pie de guerra. El reclutamiento de las tropas chilenas es muy homogéneo; los indios araucanos se distinguen apenas de los mestizos y conservan las fuertes calidades guerreras de sus antepasados. El ejército chileno está entrenado por las expediciones en el sur contra las tribus todavía rebeldes y es bien instruido, puesto que sus mandos son mantenidos fuera de la política. Su armamento es excelente. La infantería contaba con un fusil francés modelo 74 (fusil Gras) y con el fusil Combain; la artillería tenía el cañón Krupp, con excepción de algunas piezas pesadas Armstrong; la caballería era excelente. El Perú, que había contado con 12.000 hombres

² Véase al final, en las Notas del Traductor, una carta geográfica de principios del siglo XVIII (presumiblemente de fines del siglo XVII), donde ninguna entidad geográfica existente se interponía entre Perú y Chile en la posesión de la fachada del Pacífico. NdT.

en pie, sólo tenía 4.500 para una población de 3.000.000 de habitantes. Los indios guetchuas(sic), que proporcionan los infantes al ejército, son de una raza antaño guerrera, actualmente muy sumisa, pero que encuentra sus cualidades con las armas en la mano. El guetchua es sobrio, resistente, tenaz, valiente, muy adicto al jefe que lo ama; bien encuadrado llega a ser en poco tiempo un excelente soldado.

Pero el armamento se resentía del estado de las finanzas y de la confianza que inspiraba el Gobierno de la alianza de 1874, a la cual esperaba ver la adhesión de la Argentina, que estaba entonces en discusión con Chile por la posesión de la Patagonia. Los fusiles de la infantería eran disparatados y variaban casi por regimiento. Tal diversidad complicaba el aprovisionamiento en municiones, muy mal asegurado al principio de la campaña; la artillería estaba armada con cañones de bronce fundidos en Lima y que no podían luchar contra los cañones Krupp: en el combate, los cañoneros, en su mayoría mestizos, preferían sus mosquetones a su cañón. Los negros entregaban un buen reclutamiento para la caballería pero ella era poco numerosa y montada que hacía piedad.

El efectivo de las tropas bolivianas era en tiempos de paz de 2.200 hombres, pero poseían como todo armamento 1.500 Remington y viejos fusiles a chispa. La acción de Santa Cruz había desaparecido en estas tropas pretorianas que hacían y deshacían los Presidentes de la República y en ellas primaba completamente el interés de la política por sobre el de la instrucción militar. Sin embargo, los aymarás, que forman el grueso de los dos millones de bolivianos, valen los guetchuas del Perú y estos rudos montañeses reencontraron en campaña sus calidades de resistencia, de sobriedad y de coraje estoico.

El dominio del mar debía jugar un papel capital en esta guerra; primero, porque el abastecimiento de material debía venir de Europa por mar y sobre todo porque ninguna línea de comunicación seguía la costa entre Los Andes y el Océano Pacífico, ya que todos los ferrocarriles habían sido construidos perpendicularmente al litoral. En Perú, la zona marítima, la Costa, privada de lluvias, es estéril y desolada, casi desierta, salvo en los valles por donde los glaciares de Los Andes vierten sus aguas formando largos oasis perpendiculares a la costa. Un desierto que es difícil de franquear separaba el Perú de Chile en los 6° de latitud y para irse a las manos, los ejércitos debían comenzar por un transporte marítimo. Considerando los efectivos menguados comprometidos en esta lucha, la potencia que dominara el mar podía elegir sus puntos de ataque, transportar ahí el teatro de operaciones y mantener la seguridad de las comunicaciones. En el hecho, las operaciones navales se extendieron desde los puertos septentrionales del Perú hasta el estrecho de Magallanes, entre los 8° y 54° de latitud sur, por más de 5.000 kilómetros.

Chile se había preparado a la guerra con un cuidado y una competencia de los que testimoniaban el estado de su flota. En 1875, dos acorazados, de potencia bastante grande para la época y del último modelo, el *Almirante Cochrane* y el *Blanco Encalada* habían sido construidos para su flota en Inglaterra, ambos de 3.500 toneladas, con una

máquina de 3.000 HP, provistos de una artillería poderosa y de una sólida protección; disponía además de dos corbetas muy poderosamente armadas y de dos pequeñas unidades de poco valor. Cierta número de oficiales había hecho una práctica en la marina británica y el apellido de muchos otros da fe de sus orígenes anglosajones.

Perú sólo podía oponerle el *Huáscar*, monitor débilmente acorazado, pero bien armado que databa de 1866, de 1.100 toneladas con una máquina de 300 HP; la *Independencia*, fragata muy débilmente acorazada, de 2.000 toneladas y de 550 HP datando de 1865, y dos pequeñas corbetas de madera. Dos guardacostas de 2.600 toneladas, verdaderas baterías flotantes que no podían figurar en un combate naval, estacionaban, uno en Callao, el *Atahulpa* (sic) y el otro, el *Manco Capac*, en Arica.

Bolivia no disponía de ningún navío de guerra; Chile tenía, en número de barcos, una superioridad casi doble a la capacidad de los aliados y al comparar las unidades del mismo tipo en los dos campos, tenía una gran ventaja en tonelaje, en velocidad, en artillería y en protección.

La ocupación de la zona marítima de Bolivia había comenzado el 14 de febrero con el desembarco de quinientos chilenos en Antofagasta bajo el mando del coronel Sotomayor, tropa que fue rápidamente reforzada. Las autoridades bolivianas se habían retirado hacia el pequeño pueblo de Calama, donde el subprefecto, el doctor Cabrera, en ausencia de tropas regulares hizo una defensa muy honorable con un puñado de hombres. Mientras que la mediación del Perú trataba de evitar la guerra actuando en Santiago, las tropas chilenas se establecían en todo el litoral boliviano. El 5 de abril, el mismo día de la declaración de guerra al Perú, la escuadra chilena bloqueaba el puerto de Iquique, el más importante de la provincia peruana de Tarapacá y los días siguientes los puertos de la costa eran bombardeados, de Pisagua a Mollendo.

Durante este tiempo, Bolivia había reunido una división de seis mil hombres, que bajo el mando de su presidente, el general Daza, llegaba a Tacna. El presidente del Perú, el general Prado, dejaba el Callao para dirigirse a Arica, donde tomaba el mando de las fuerzas aliadas. Después de haber escoltado los tres transportes de este convoy, el *Huáscar* y la *Independencia* se dirigieron hacia Iquique, cuyo bloqueo sólo era efectivo por medio de dos pequeños barcos chilenos, la *Esmeralda*, capitán Arturo Prat y la *Covadonga*, capitán Condell.

El 21 de mayo en la mañana, los dos acorazados peruanos estaban a la vista de Iquique; el *Huáscar* se dirigió hacia la *Esmeralda* y la *Independencia* hacia la *Covadonga*.

El capitán Prat dio orden de izar la señal de combate y se preparaba a maniobrar para atraer al enemigo hacia lugares de poco fondo, aprovechando su poco calado; pero una explosión accidental de una caldera redujo su velocidad a alrededor de tres nudos. En tales condiciones fue que el valiente comandante aceptó el combate y comenzó el fuego contra el *Huáscar*, a cerca de 800 metros. El duelo de artillería duraba desde hacía

dos horas sin resultado decisivo, seguramente a causa de la inexperiencia de los artilleros y el *Huáscar* no podía acercarse en razón del escaso fondo, cuando algunos cañones de campaña peruanos puestos en batería en la playa, abrieron el fuego contra la *Esmeralda* y sus tiros, más eficaces, obligaron a la pequeña corbeta de madera a alejarse de la costa. El *Huáscar* quiso entonces terminar con ella golpeándola al espolón; en el momento en que los dos navíos se tocaban, el capitán Prat se precipitó al abordaje con el sable en una mano y la pistola en la otra, ordenando a su tripulación que lo siguiera. Pero el contacto sólo duró un instante y únicamente un suboficial tuvo tiempo de saltar a su lado. Desde su puesto de mando, el comandante Grau le gritó en vano: “¡Ríndase, comandante, queremos salvar la vida de un héroe!” Prat dio una estocada al único marino que encontró en cubierta y cayó bajo el fuego de la torre.

La *Esmeralda* recibió un nuevo espolonazo y otro oficial el teniente segundo Serrano, se abalanzó al abordaje del *Huáscar* con algunos hombres, que perecieron víctimas de su coraje. La corbeta chilena se hundía lentamente sin arriar su bandera y fue necesario un tercer choque para echarla a pique. De los 200 hombres de tripulación, las embarcaciones del *Huáscar* sólo pudieron recoger 60 náufragos.

Durante las cuatro horas que había durado el combate, se desarrollaba otro duelo. La *Covadonga* había atraído la *Independencia* a 10 millas al sur de Iquique y el capitán Condell, que conocía admirablemente estos parajes, maniobró en un banco rocoso de muy poca profundidad, que su calado le permitía de franquear; la fragata peruana, que calaba mucho más, encalló. Entonces la *Covadonga* volvió hacia ella y ubicándose de manera a evitar el fuego de su enemigo inmovilizado comenzó un tiro de corto alcance que duró hasta la llegada del *Huáscar* victorioso. La *Covadonga* se escapó mientras que el monitor se ocupaba de salvar la tripulación de la *Independencia*.

El combate se había desarrollado frente a las tropas peruanas y toda la población de Iquique. Los marinos peruanos y todos los espectadores estaban embargados de emoción por el heroísmo del comandante Arturo Prat y lo mostraban abiertamente. El comandante Grau rindió un brillante homenaje en su memoria y escribió a su viuda, enviándole los recuerdos encontrados en el cuerpo del héroe, una carta que honra los dos enemigos.

Aunque la pérdida de la *Esmeralda* estuviera lejos de compensar la de la *Independencia*, el Perú festejó como una victoria esta jornada gloriosa para la nación.

Pero la superioridad naval de Chile, ya muy grande, se hacía aplastante. El *Huáscar* quedó solo para disputar el dominio del mar a la flota chilena.

El valiente comandante Grau recibió orden formal de evitar todo combate con los acorazados del enemigo, pero de amenazar sus comunicaciones, su abastecimiento y sus costas. El comandante Grau comprendió tan bien su misión que, durante todo el tiempo que la bandera peruana flotó sobre el monitor, el enemigo no pudo emprender ninguna operación seria.

El 9 de julio, a medianoche, forzó el bloqueo de Iquique encontrando sucesivamente en la oscuridad tres barcos enemigos: un transporte, una balandra de guerra y un acorazado; la hábil maniobra y la decisión audaz del capitán Latorre, que comandaba la balandra, salvó el transporte y la llegada del acorazado salvó la balandra, pero el *Huáscar* había pasado. Se juntó con la *Unión* y en su compañía ejecutó un fructuoso crucero en las costas de Chile. Al saber, en el curso de esta operación, que dos barcos venían de Europa cargados con material de guerra para Valparaíso, el almirante Grau envió la *Unión* a esperarlos en el estrecho de Magallanes; pero el comandante chileno de Punta Arenas, donde la corbeta peruana tomó contacto con tierra, le afirmó falsamente que los dos barcos ya habían pasado. La *Unión* volvió rápidamente hacia el norte, perdiendo esta presa importante, pero a tiempo para ayudar al *Huáscar* a apoderarse del hermoso transporte chileno el *Rimac*, que tenía a bordo un regimiento de caballería cuyos trescientos caballos fueron muy útiles al ejército peruano.

El 27 de agosto, el *Huáscar* se presentó frente al puerto de Antofagasta y abrió el fuego contra los dos navíos chilenos que ahí se encontraban; en el combate de artillería que siguió, un obús de grueso calibre tirado por una batería de tierra fue a golpear la chimenea del *Huáscar* y el comandante Grau fue obligado a retirarse. Pero su permanente amenaza en toda la costa se había vuelto para Chile una verdadera obsesión. La opinión pública reprochaba airadamente al Gobierno y al mando la interrupción de las operaciones provocada por la inseguridad en las comunicaciones. Toda la dirección de la guerra dependía en ese momento de la existencia del *Huáscar*, mandado por el almirante Grau. Un nuevo Ministro de la Guerra y un nuevo Comandante de la flota chilena prepararon pues la destrucción del *Huáscar* y su primera acción fue la de llamar a Valparaíso los dos acorazados que bloqueaban Iquique, con el objeto de revisar sus máquinas y sus obras vivas para aumentar sus velocidades. El bloqueo de Iquique fue suspendido para permitir la reparación sucesiva de los otros navíos chilenos. Correos rápidos armados como transportes recibieron una artillería bastante poderosa que les permitía cierta resistencia y algunos de entre ellos podían incluso actuar en combate. A fines de septiembre este importante trabajo de reorganización había dado sus frutos y fue una escuadra completamente nueva que se ponía a la búsqueda del *Huáscar*.

Primero fue a buscarlo a Arica, donde venía a menudo. Pero el almirante Grau navegaba en ese momento en el sur con el *Huáscar* y la *Unión* acechando los transportes enemigos. La escuadra chilena se separó entonces en dos divisiones, que cada una se componía de un acorazado y una corbeta; la división del comandante Latorre estaba reforzada por un transporte armado para la guerra. El 7 de octubre en la mañana, con tiempo brumoso, esta división Latorre tomó contacto desde el alba con el *Huáscar* y la *Unión*, cortándoles la ruta que seguían hacia el norte. El almirante Grau sintió inmediatamente todo el peligro de la situación; dio orden a la *Unión* de dejarlo para dirigirse a Arica, lo que pudo hacer gracias a su gran velocidad, perseguida por los dos barcos chilenos que acompañaban el *Almirante Cochrane* y el monitor comenzó el fuego a 3.000 metros contra este acorazado de un tonelaje que era el triple del suyo. La acción

tuvo lugar a alturas de la punta de Angamos, que dio su nombre a este memorable combate naval.

El *Cochrane* dejó acortarse la distancia antes de comenzar su tiro, que desde los primeros cañonazos causó algunas averías al *Huáscar*; el almirante Grau trató dos veces de espolonear al *Cochrane*, pero las hábiles maniobras del comandante Latorre se lo impidieron: el acorazado chileno poseía dos hélices, cuya acción le permitía de virar de bordo mucho más rápidamente que su enemigo. Un obús penetró en la torre del comandante del *Huáscar*, haciendo pedazos al almirante Grau y uno de sus oficiales. Otros cuatro oficiales que tomaron sucesivamente el mando corrieron la misma suerte en el mismo puesto; ya no funcionaba ningún órgano de transmisión en la torre inmovilizada; la que tenía las dos gruesas piezas estaba en el mismo estado, con uno de sus cañones fuera de uso. En este combate, a distancias entre 50 y 300 metros, la coraza del *Huáscar* era completamente insuficiente.

El *Blanco Encalada*, el segundo acorazado chileno, atraído por las detonaciones, juntó su tiro al del *Cochrane*, abriendo fuego a 600 metros. Como la metralla cortó las drizas de la bandera peruana a bordo del *Huáscar*, los acorazados chilenos hicieron alto al fuego, creyendo que el enemigo se rendía, pero el pabellón fue izado de nuevo y el fuego recommenzó con renovada intensidad. Varias veces los combatientes trataron de abordarse al espolón, sin éxito; las ametralladoras Nordenfeld de los chilenos habían apagado las ametralladoras Gatling de los peruanos. Luego de una hora y media de este combate heroico, el *Huáscar*, completamente averiado, arrió por fin su bandera. Cinco oficiales, entre los cuales varios estaban ya heridos, habían sido muertos en el puesto de mando; un tercio de sus hombres estaba fuera de combate.

El almirante Grau, de una familia oriunda de Cataluña, radicada en Colombia, luego en el Perú con Bolívar, había servido como grumete antes de ser oficial en la marina de guerra del Perú; al principio de su carrera había sufrido con los disturbios civiles en su patria. Diputado en el Congreso, fue un marino muy experimentado, lleno de recursos, de una decisión rápida y de un coraje intrépido. Orgullosa de tal jefe y de tales marinos, su patria lamentó todo aquello que esta muerte acababa de privarla. En Chile, la embriaguez de la victoria no impidió a la opinión pública de rendir homenaje a su memoria, que fue rodeada de una respetuosa admiración, como lo había sido la del comandante Arturo Prat en el Perú

En el mundo entero, la marina de todas las potencias habían seguido las operaciones navales con apasionado interés. Era la primera vez que buques acorazados combatían y un sin número de informaciones útiles se desprendían para el empleo de la artillería y del espolón, del blindaje, de las torres, etc... Estos estudios hechos sobre un material pasado de moda desde hace tiempo, han ellos mismos envejecido. Pero algunas de estas lecciones permanecen en todos los tiempos: el dominio del mar, la necesidad de instrucción y de organización, la fuerza de carácter conservan aún su importancia capital.

*

* * *

Chile había comenzado la guerra continental por la ocupación de la zona marítima boliviana, la provincia de Atacama; pero aparte la pequeña acción de Calama, donde un puñado de hombres había combatido por el honor, bajo la dirección de un subprefecto, ninguna acción había tenido lugar en tierra durante la guerra marítima. Bolivia estaba protegida por un desierto, que cubría la barrera de Los Andes y el ataque del Perú necesitaba el dominio del mar, que el *Huáscar* logró disputarle durante ocho meses bajo el mando del almirante Grau.

Durante este período, las dos partes habían reclutado y organizado sus ejércitos; el material necesario llegó de Europa por el estrecho de Magallanes para Chile, por el ferrocarril de Panamá para el Perú e incluso algunos miles de fusiles habían llegado a Bolivia por Buenos Aires. En Chile, los batallones habían sido aumentados de 300 a 1.200 hombres, la Guardia nacional había formado un gran número de unidades y el ejército de campaña, bien organizado y concentrado en Antofagasta, comprendía 20.000 hombres. El Ministro de la Guerra, Sotomayor, acompañaba al general en jefe Encalada y su actividad organizadora ponía a disposición del ejército y de la marina todos los recursos del país. En la zona peruana, el Presidente de la República, general Prado, había tomado el mando del ejército en campaña en Arica, donde se encontraban alrededor de 10.000 hombres; en Tacna, el Presidente de la República de Bolivia, general Daza, mandaba un cuerpo de 4.000 bolivianos; en la provincia de Tarapacá, el General Buendía tenía bajo sus órdenes unos doce mil hombres de las dos naciones en Iquique, Pisagua y Tarapacá. Aunque las fuerzas aliadas estuviesen bajo el mando del presidente Prado, el vicio del dualismo se reveló en el curso de las operaciones. Un poco inferior en efectivos, el ejército chileno tenía la superioridad de la unidad, del mando puesto fuera de la política y por último de un armamento y de una organización más modernos.

A fines de octubre, un cuerpo de 10.000 chilenos se formaba en Antofagasta con la élite del ejército: embarcado en diecinueve transportes y escoltado por cuatro navíos de guerra, llegaba el 2 de noviembre frente a Pisagua, al norte de Iquique. Fue solamente en el mar que se comunicó a los comandantes de unidades el punto de desembarco y el plan de la operación; se trataba de ubicarse entre las tropas de Tarapacá y las de Tacna y Arica; en esta posición, las fuerzas aliadas estaban separadas en dos y sólo podían reunirse por medio de marchas a través de regiones privadas de agua, cuya travesía habría necesitado un material que ninguna previsión había puesto a su disposición. La bahía de Pisagua era defendida por dos pequeños fortines separados por una distancia de cuatro kilómetros; la pequeña ciudad está amontonada contra el fuerte del sur; una vía férrea que se elevaba a lo largo de los cerros paralelamente a la costa había sido transformada en trinchera. Pero esta larga línea sólo estaba defendida por alrededor de 700 bolivianos, una pequeña tropa de 300 marinos peruanos y algunos

voluntarios. Los dos fortines, armados cada uno de un solo cañón, fueron fácilmente aniquilados por el fuego de la escuadra, que se concentró en seguida sobre la línea férrea; luego 2000 chilenos desembarcaron en dos puntos y después de un combate bastante vivo, puesto que 235 asaltantes fueron puestos fuera de combate, la pequeña tropa de los aliados se retiró a 20 kilómetros al interior, bajo el mando del general Buendía. El combate había durado seis horas.

Al mismo tiempo, el resto de las fuerzas chilenas desembarcaba en la ensenada vecina de Junín, sin encontrar resistencia y habría tomado de revés la defensa de Pisagua si ésta se hubiera prolongado. El general Escala, que las mandaba, avanzó rápidamente a lo largo de la línea férrea hasta Dolores, importante puesto de aprovisionamiento de agua para las tropas.

Mientras tanto, el general Buendía había llegado a Iquique. Sintiendo todo el peligro de su posición, decidió marchar contra el enemigo lo antes posible porque su flota lo reforzaba todos los días. Dejando alrededor de 2.000 hombres de guarnición en Iquique, todavía bloqueado por la escuadra chilena, concentró sus fuerzas en el extremo de la vía férrea y dio cita ahí a las tropas bolivianas, mandadas en Tacna por el general Daza. Pero este llamado fue en vano y debió atacar únicamente con sus fuerzas, el 19 de noviembre, las tropas del coronel Sotomayor, que disponía de 6.000 hombres sólidamente establecidos en las alturas de San Francisco y de la Encañada y pudiendo ser reforzado por una fuerza igual ubicada entre Dolores y Pisagua. El combate, que era verdaderamente el primero de la campaña fue encarnizadamente disputado; los batallones de Cuzco y de Ayacucho formados por el coronel Cáceres hicieron prodigios de valor y la infantería chilena dio, para defender su aplastante artillería, magníficas cargas a la bayoneta. Pero el ataque de los aliados era tomado de flanco por baterías bien servidas y bien ubicadas y se impuso al general Buendía la retirada hacia Tarapacá. Las tropas chilenas no acosaron, aunque los vencidos estuviesen en tal estado que enterraron sus cañones, por lo demás casi inútiles.

En Tarapacá, donde se rehicieron las tropas peruanas gracias a la energía y la previsión del coronel Suárez, su jefe de Estado Mayor, se les reunió la guarnición de Iquique; las tropas bolivianas habían continuado su marcha hacia La Paz. Habían ya comenzado su difícil retirada hacia Tacna y en Tarapacá sólo quedaba una gruesa retaguardia, cuando una tropa chilena de 2.300 hombres, bajo el mando del coronel don Luis Arteaga, se le presentó. Un reconocimiento de caballería, después de haber tocado las vanguardias peruanas, había dado cuenta de que ya no quedaban en Tarapacá sino 1.500 ó 2.000 prófugos desmoralizados y la ocasión era tentadora de terminar la destrucción del enemigo vencido en Dolores y de cortarle el camino a la guarnición de Iquique.

El jefe chileno había dividido sus fuerzas en tres columnas y quería sorprender al enemigo con una marcha de noche. Pero tales operaciones son delicadas y necesitan buenos guías, un perfecto conocimiento del lugar y una excelente instrucción de la tropa. La columna de derecha llegó primero, en vez de presentarse al mismo tiempo que las dos

otras; al pasar el valle fue casi rodeada sufriendo grandes pérdidas, antes de la llegada de las otras columnas, que equilibraron el combate. Hacia las cuatro horas, dos destacamentos que habían comenzado su retirada, llamados por el general Buendía dieron a la acción un nuevo impulso y aseguraron a los peruanos una indiscutible victoria. Los chilenos debieron batirse en retirada, perdiendo 750 hombres fuera de combate y unos cincuenta prisioneros –más del tercio de sus efectivos–, un cañon y una bandera.

Los peruanos habían perdido sólo 530 hombres, pero estaban fuera de estado de continuar. Sin caballería, agotados por los combates y las marchas muy duras durante unos diez días, debían hacer su retirada inmediatamente para escapar a las fuerzas que a breve plazo iban a rehacer la columna Arteaga. El general Buendía se puso de nuevo en marcha esa misma tarde por senderos de montaña para alcanzar la planicie de Arica. La falta de víveres y de bagages hizo la marcha extremadamente penosa.

A su llegada a Arica el general Buendía supo que, por orden del Presidente Prado, estaba destituido y puesto a disposición de un consejo de guerra, como también su jefe de Estado Mayor, el coronel Suárez, cuya actividad, energía y espíritu lleno de recursos habían salvado el ejército después de la derrota de Dolores. Pero los acontecimientos se precipitaban y esta injusta desgracia duró sólo un tiempo muy corto.

La pérdida de la provincia de Tarapacá provocó una doble revolución. Al abandonar Arica, dejando el mando al contraalmirante Montero, el Presidente Prado volvió a Lima, de la cual partió casi en seguida bajo pretexto de pedir en el extranjero las ayudas necesarias a su país: el gran prestigio que le había merecido su actitud viril en 1866 con ocasión de las hostilidades con España, se había desvanecido; la gravedad de los acontecimientos lo había desbordado. En conformidad con la Constitución dejaba sus funciones al vice presidente, el viejo general La Puerta quien, luego de un alzamiento y algunos días de agitación, se apartó del poder en beneficio de don Nicolás de Piérola, designado por la voz popular. Con el título de Jefe Supremo de la República, Piérola hizo su entrada solemne a Lima el 29 de diciembre.

Ex periodista, Nicolás de Piérola había sido ministro de finanzas, como su padre y había mostrado en política un espíritu de decisión y una audacia que había golpeado la imaginación popular. Exiliado en Chile, había vuelto al principio de las hostilidades. Su inteligencia abierta, su conocimiento de Europa, a donde había viajado, su habilidad en la táctica parlamentaria le aseguraban la confianza de los hombres políticos; su gestión financiera como ministro había sido severamente condenada, pero su honestidad personal, como la de su padre, permanecía más allá de toda sospecha. Todos se inclinaron frente a él e incluso sus antiguos enemigos le permanecieron fieles durante toda la guerra.

El general Daza, Presidente de la República de Bolivia, debía toda su fortuna a intrigas políticas de mala categoría; su ejército lo despreciaba y lo acusaba de cobardía. El 27 de diciembre había ido de Tacna hasta Arica para conferenciar con el almirante Montero y, en el momento en que iba a subir a su tren, recibió un telegrama que le

anunciaba que sus tropas lo habían reemplazado en el mando por el coronel Camacho y que, si volvía a Tacna, con seguridad sería fusilado. El almirante Montero, negándose a intervenir en su favor, Daza se dirigió a Arequipa, donde supo que en La Paz se había producido una revolución y que en su lugar el general Campero había sido proclamado Presidente de la República. Daza se refugió en Panamá y luego en París.

La segunda operación del ejército chileno comenzó como la primera: los 8.000 a 9.000 aliados que ocupaban Tacna y Arica fueron contorneados por un desembarco de 14.000 chilenos que se establecieron en los pequeños puertos de Ilo y de Mollendo, a alrededor de 150 kilómetros al norte de esta región. Desde fines de diciembre de 1879, un pequeño reconocimiento chileno, notablemente preparado y mandado por el comandante de ingenieros Martínez, había desembarcado en Ilo y podido avanzar en último lugar hasta el centro de Moquegua, a unos cien kilómetros en el interior. En marzo de 1880, el ejército chileno avanzaba pues sobre seguro, pero antes de marchar sobre Tacna, el general don Manuel Baquedano, que había reemplazado al general Escala en su mando, quiso deshacerse del cuerpo peruano establecido en la posición histórica de Los Ángeles, desde donde podría amenazar sus comunicaciones.

En 1823, sobre estos cerros escarpados, el general español Valdez, cuya izquierda era mandada por el célebre Espartero, duque de la Victoria, había derrotado los Independientes, pero en 1874 las tropas regulares del Presidente Prado habían vencido ahí los insurgentes de Piérola contornándolos, y el general chileno no lo ignoraba. El 22 de marzo dio la vuelta pues de la derecha peruana, mientras que la izquierda se veía amenazada por un amplio movimiento desbordante, que fue contenido con éxito por algunas compañías: los peruanos pudieron replegarse sin muchas pérdidas.

El puerto de Arica estaba bloqueado desde el mes de febrero, pero la *Unión* había podido venir del Callao y forzar el bloqueo; se desató un combate naval indeciso y en la noche siguiente la *Unión* pudo zarpar de nuevo y volver al Callao, puerto de Lima. Para evitar la repetición de nuevas tentativas, una poderosa escuadra chilena bloqueó el puerto del Callao a partir del 10 de abril.

Mientras tanto, el ejército chileno se reorganizaba en la región Mollendo-Moquegua y se preparaba a atravesar la zona desértica que lo separaba de la región Tacna-Arica; era necesario asegurar no solamente el transporte de municiones y víveres, sino que también el aprovisionamiento de agua que, para unas quince mil toneladas, necesitaba medios excepcionales. El coronel Camacho, que mandaba las tropas bolivianas, era de parecer de ir al encuentro del enemigo para atacarlo a la salida del desierto, antes de que tuviera tiempo de rehacerse. El contraalmirante peruano Montero, que había tomado la jefatura del mando, quería esperarlo en sus posiciones y esta divergencia de puntos de vista hacía resaltar el desacuerdo que existía en cada campo de los aliados. Para ponerle fin, el general Campero dejó La Paz y asumió, en su calidad de Jefe de Estado, el mando general en Tacna el 19 de abril.

Campero era de carácter moderado y lleno de sangre fría, un espíritu culto que había seguido estudios en la Escuela de Minas de París y había representado su país en Inglaterra y en Francia; mostró verdaderas cualidades militares. Pero en este caso particular adoptó demasiado rápidamente el plan de su subordinado boliviano y el 27 de abril se puso en camino hacia Sama. Pero el grueso de sus columnas no había andado dos leguas que fueron obligadas a detenerse: los convoyes indispensables y el parque de artillería no seguían, por falta de equipajes. Ignoraba todo del enemigo. La caballería chilena, por medio de cargas exitosas había tomado autoridad sobre los aliados, que habían renunciado a hacer reconocimientos; por otra parte, el servicio de inteligencia no había sido organizado y las improvisaciones en tal materia son inoperantes.

El ejército aliado era hermoso y daba gran confianza a su nuevo jefe, como lo indica su informe al Parlamento boliviano. Había podido reunir algunos refuerzos y 1.500 hombres llegaron fácilmente a Tacna, pero las demostraciones hechas por los chilenos en la frontera detuvieron el resto de las fuerzas que habían sido preparadas. Los aliados disponían en total de 9.300 hombres, de los cuales 2.000 defendiendo Arica. El general Campero, que en consecuencia sólo tenía alrededor de 7.300 hombres bajo sus órdenes, renunció a todo movimiento hacia adelante y eligió una excelente posición frente a Tacna para detener al enemigo: una estrecha planicie, bastante elevada, de forma ligeramente convexa hacia el enemigo, tenía sobre sus flancos quebradas arenosas, impropias a la carga de esta caballería chilena cuya acción se hacía una obsesión; ahí fue que se fortificó, bastante sumariamente según parece; cada uno de sus soldados había recibido un saco de tierra y tres reductos apoyaban la derecha y el centro de los aliados.

El 22 de mayo, un reconocimiento por la fuerza vino a tocar su posición y pudo estudiarla con toda tranquilidad; desprovistos de toda caballería eficaz, los aliados no conservaron el contacto. Después de haber atravesado la zona desértica, el ejército chileno había llegado al Sama, donde Campero había proyectado adelantársele, y se rehacía ahí, tranquilamente, a seis leguas del enemigo.

El 25 de mayo, los chilenos acampaban a dos leguas de los aliados. El general Campero tuvo la idea repentina de atacarlos por sorpresa y se puso en marcha a medianoche en el orden más perfecto. Pero sus columnas, mal guiadas y desprovistas de brújulas, se perdieron en la neblina y hubo que retomar las posiciones organizadas tan bien, después de haber fatigado inútilmente las tropas en la víspera de la batalla. Tal maniobra sólo era posible con tropas muy móviles y luego de una cuidadosa preparación.

Un consejo de guerra, reunido por el general Baquedano, había examinado la idea de girar por el este el costado derecho de los aliados y así forzarlos a aceptar el combate de frente al norte, perdiendo su línea de retirada y abandonando la excelente posición que habían organizado; el temor de quedar sin agua hizo abandonar este plan y el general Baquedano se decidió por el ataque. El 26 de mayo, a las diez de la mañana, la artillería chilena abrió fuego, fuera del alcance de los cañones peruanos.

Con su frente y sus flancos cubiertos por tiradores, el ejército chileno tenía tres divisiones de alrededor de 2.000 hombres cada una, en primera línea, una cuarta división en segunda línea, con 3.000 hombres de reserva y 1.200 hombres de caballería en sus flancos: en todo, 13.372 hombres, según los partes oficiales. Los bolivianos formaban la derecha de los aliados, a las órdenes del general Camacho; los peruanos la izquierda mandados por el contraalmirante Montero. La línea de los aliados estaba marcada por la cresta de la planicie y su infantería estaba desplegada en la ladera de enfrente; los proyectiles chilenos caían detrás de ella y se hundían inofensivos en la arena. Luego de alrededor de una hora de cañoneo inútil, la infantería debió atacar, la derecha yendo adelante. La izquierda de los aliados cedió un instante, pero el general Campero envió sus reservas y el combate recomenzó; esta vez correspondió a los chilenos de retroceder sobre este mismo terreno y al general Baquedano de hacer atacar su división de segunda línea, avanzando su artillería. Esta división fresca participando con paso de ataque decidió del éxito en esta parte del campo de batalla; el resto de la línea debió retroceder poco a poco después de una resistencia encarnizada; La reserva chilena de 3.000 hombres había sido desplegada en el momento en que la división de segunda línea atacó, pero no participó, como tampoco la caballería. De los 9.000 hombres que combatieron realmente, los chilenos tuvieron 486 muertos y 1.632 heridos, o sea 2.128 hombres fuera de combate entre los cuales 147 oficiales muertos, o sea más de un tercio de los efectivos, y 500 prisioneros. La victoria había sido disputada con ardor y por dos veces la balanza pareció inclinarse del lado de los aliados. Los aymarás y los descendientes de los Incas rivalizaron en coraje y mostraron una extraordinaria tenacidad frente a un enemigo superior en número, en instrucción y en armamento.

El general Campero tuvo un instante la idea de defender la ciudad de Tacna, pero el estado de sus tropas no le permitía continuar la lucha; él y los bolivianos se retiraron hacia La Paz, el almirante Montero hacia Tarata y Pisco. El conjunto de estos destacamentos hacía un total inferior a 3.000 hombres.

El coronel (sic) Baquedano dirigió sus esfuerzos sobre el puerto de Arica, que estaba al mando del coronel Bolognesi. Cubierto por su caballería hizo restablecer con facilidad la vía férrea entre Tacna y Arica, donde las destrucciones habían sido insuficientes y 5.000 hombres se dirigieron a Arica, entre los cuales 3.000 de su reserva, que no habían participado en la batalla del 26 de mayo. Hizo intimar al coronel Bolognesi de rendir una plaza que no podía recibir ninguna ayuda. El Comandante de la Plaza, luego de haber reunido el Consejo de Defensa, declaró que estaba resuelto a “salvar el honor de su patria y a resistir hasta haber quemado el último cartucho”.

La defensa había sido sólidamente organizada; tres pequeños fortines en el norte, dos al sur estaban ligados por un atrincheramiento continuo que cubría la ciudad de tres mil habitantes y el puerto; el reducto de la defensa era el Morro, cerro fortificado que dominaba el mar por un acantilado de 200 metros, pero mal defendido del lado de tierra. Las edificaciones erigidas en Arica habían tenido por objeto especialmente de

proteger la poderosa artillería que defendía eficazmente el fondeadero contra la escuadra chilena. Por último, la batería flotante, el *Manco Capac*, estaba anclado en la rada. La guarnición de 2.000 hombres estaba compuesta especialmente de voluntarios poco instruidos, salvo la compañía de desembarco de la *Independencia*, la fragata peruana que naufragó durante el combate naval del 21 de mayo de 1879 y cuyo equipaje había sido recogido por el *Huáscar*; el capitán de navío Moore, que la mandaba, tenía bajo sus órdenes la artillería del Morro; inconsolable por la pérdida de su navío, que atribuía a un error de maniobra, había decidido de combatir en traje de civil hasta que una hazaña le hubiera dado el sentimiento que era de nuevo digno de su uniforme.

El coronel don Francisco Bolognesi, de familia oriunda de Italia, había completado su instrucción militar durante una misión cumplida en Europa; acababa de distinguirse en los combates de Dolores y de Tarapacá a la cabeza de una división. Era inteligente, activo y enérgico. Su respuesta indignada a la intimación de rendirse mostraba toda la decisión irrevocable que un patriota iba a desplegar en la defensa de Arica. Si se le diera tiempo completaría las fortificaciones, instruiría sus voluntarios para el combate y la resistencia podría prolongarse e inmovilizar fuerzas importantes. El general Baquedano sintió que había que apurarse.

Por otro lado, los chilenos no disponían de bagages para un sitio y sólo la artillería de la escuadra podría contrabatar la de la plaza. En la jornada del 5 de junio comenzó el bombardeo de la ciudad, del puerto y de las fortificaciones. Pero los barcos de la escuadra, que habían debido aproximarse, sufrieron algunas averías y el asalto fue decidido para dos días después, el 7, luego de una última intimación.

Las tropas de ataque, 4.000 infantes, tomaron su ubicación en plena noche, dejando en retaguardia sus fuegos de vivac mantenidos por soldados de caballería pie a tierra. Al despuntar el alba, 2.000 hombres despanzurraban y escalaban la barricada de sacos de tierra que cubría el frente sur, mientras que 1.000 otros se apoderaban de los fuertes al norte; la resistencia se concentraba en el Morro desde donde un vivo tiroteo causó algunas pérdidas a los asaltantes; pero el fuerte era atacado a la garganta, su punto débil y fue rápidamente conquistado. Bolognesi, Moore y algunos oficiales fueron masacrados en torno del cañón donde se habían agrupado. La explosión de numerosas minas provocadas por ingenieros inexperimentados, perjudicó más a los peruanos que a los chilenos, pero los asaltantes enfurecidos ya no quisieron dar cuartel. Varios grupos de soldados peruanos se precipitaron del acantilado del Morro para escapar al enemigo; en la ciudad, donde la reserva y la caballería chilena habían rechazado los últimos defensores, se constatan masacres e incendios inútiles. Los vencedores hicieron 1.328 prisioneros, marinos y voluntarios incluidos. Así, el orden terminó por restablecerse y la humanidad retomó sus derechos.

Pero según las evaluaciones del Estado Mayor chileno, las únicas que valen puesto que los peruanos habían sido muertos o tomados prisioneros, la defensa tuvo 800 muertos y 200 heridos, lo que es una proporción demasiado fuerte; y desgraciadamente hay que constatar que esta desproporción se encuentra en las bajas peruanas de todos

los combates, donde el número de muertos excede casi siempre, hecho que la lucha encarnizada explica, pero no excusa.

En el asalto, que duró menos de una hora, los chilenos perdían 117 muertos y 225 heridos, cifras que se encuentran en una proporción de 1 a 2, lo que es normal en un combate frente a frente.

En cuanto los fuertes fueron tomados, el *Manco Capac*, que había dejado su fondeadero para ayudar con su fuego a la defensa, fue abandonado por su tripulación y echado a pique, con el fin de que no quedara en manos del enemigo.

*

* *

De las fuerzas que el Perú llamaba los dos ejércitos del sur, apenas 1.500 hombres pudieron alcanzar Arequipa donde encontraban algunos batallones de reserva reunidos demasiado tarde y muy mal equipados para que hubieran podido combatir en Tacna; se organizó ahí una división de 6.000 hombres, suficiente para hacer buena figura en la defensa local del país, impotente para inquietar al vencedor.

Bolivia constataba su derrota y luego de haber impuesto silencio a los que reclamaban la paz inmediata, se limitaba a organizar la defensa de Los Andes, que por lo demás Chile no tenía ningún interés en atacar. Pero el Perú discutía la importancia de sus reveses y no se declaraba vencido. Su marina estaba reducida a la impotencia, su ejército regular había sido destruído en combates sangrientos y en las clases dirigentes casi no existía familia que no hubiera perdido por lo menos uno de sus miembros. No obstante, el Presidente Nicolás de Piérola no cesaba de esperar la victoria y de predicar la guerra a ultranza; estaba apoyado por el patriótico entusiasmo de la opinión y de la prensa. El 27 de junio, llama a las armas a toda la población de Lima para reunir un ejército de reserva cuyo efectivo, revisión hecha, fue de unos 15.000 hombres que se formaron por cuerpos de oficio. Con 5 ó 6.000 hombres que quedaban todavía en Lima se pudo constituír cuatro divisiones de alrededor de 5.000 hombres cada una. El alto mando estaba asegurado: el general Buendía y el almirante Montero estaban con el jefe supremo; Cáceres, Suárez, Dávila, Canevaro, Iglesias habían dado pruebas en los combates precedentes. Pero faltaban los mandos intermedios, el cuadro subalterno que, instruído durante la paz o bien nacido de la guerra, habría podido formar soldados con los apacibles ciudadanos que eran llamados al servicio militar para salvación de la patria.

Mientras tanto, el bloqueo del Callao se mantenía rigurosamente; gracias al alcance de su artillería, la flota chilena podía bombardear impunemente los navíos en la rada, el puerto y la ciudad, manteniéndose al abrigo de las piezas peruanas. No obstante,

incautándose de pequeñas embarcaciones que transportaban torpedos, dos navíos chilenos fueron destruidos. En septiembre, bajo el mando del capitán de navío Lynch una expedición fue a pasear el pabellón chileno hasta los puertos más septentrionales del Perú. 2.600 hombres eran embarcados en transportes y tomaron tierra en varias ocasiones para penetrar al interior del país, donde no se había organizado ninguna defensa. Severas contribuciones de guerra y el embargo de mercaderías hicieron la operación muy provechosa; ella fue acompañada de destrucciones inútiles.

Perú hizo varias tentativas para decidir la República Argentina a intervenir en el conflicto, sea con las armas en la mano, sea tomando con Chile una actitud amenazante. Con el mismo objeto reanudó las relaciones diplomáticas con España, pero no obtuvo ningún socorro efectivo. Los Estados Unidos se habían igualmente recusado, pero ofrecían sus buenos oficios para servir de intermediarios pacíficos.

Después de muchos titubeos y la intervención de Francia, Inglaterra e Italia, estas proposiciones fueron adoptadas y los plenipotenciarios de las tres repúblicas beligerantes se reunieron en la rada de Arica, a bordo de la corbeta norteamericana *Lackawanna*, el 22 de octubre de 1880. Las condiciones de paz propuestas por Chile eran muy duras: exigía la anexión de toda la costa boliviana y de la provincia peruana de Tarapacá, 20 millones de piastras (100 millones de francos) como indemnización de guerra y la ocupación de Tacna y Arica hasta el pago completo y hasta la ejecución de otras condiciones. Los representantes de Perú y Bolivia rechazaron formalmente toda cesión de territorio. Admitían que el derecho público americano prohibía toda conquista y fijaba las fronteras de los diversos Estados según eran durante la colonia española de la cual habían derivado, en conformidad a las tradiciones de los libertadores Bolívar y San Martín. Reclamaron el arbitraje de los Estados Unidos; pero Chile se negaba a admitir que sus derechos de conquista pudieran ser discutidos por quienquiera que fuera y el representante de los Estados Unidos declaró que no eran las intenciones de su gobierno de erigirse en juez de la querrela, sino solamente de tratar de obtener un acercamiento leal entre los beligerantes. Y la conferencia se terminó sin resultados.

Se imponía pues un nuevo esfuerzo al Gobierno chileno y se había preparado para ello. Un cuerpo expedicionario de alrededor de 27.000 combatientes estaba listo para embarcarse en Arica. Las provincias conquistadas quedaban bajo la guardia de 6.000 hombres y otros 10.000 terminaban su instrucción en Chile, formando la reserva. Los batallones, casi constantemente victoriosos conservaban sus cuadros desde hacía más de un año y bodían reemplazar sus bajas sin perder cohesión. Los regimientos formados últimamente, después de un período de instrucción en Chile, iban a entrenarse al campo de Arica, donde encontraban veteranos justamente orgullosos de sus éxitos. Las tropas chilenas habían tomado todo el valor de un ejército regular, mientras que las tropas peruanas bisonas se alejaban cada vez más de tal categoría. El pueblo y el ejército de Chile reclamaban desde hacía meses de marchar sobre Lima; el anuncio de la partida para la capital del Perú fue acogido en Arica con el más grande entusiasmo.

La primera división (8.600 hombres mandados por el general Villagrán) se embarcó en 15 de noviembre en dos vapores y siete veleros protegidos por dos navíos de guerra y sin encontrar resistencia desembarcó en Paracas, pequeño puerto situado a 20 kilómetros de Pisco, que fue evacuado sin combate. El resto del ejército desembarcó el 22 de diciembre más al norte, en la rada abierta de Curayaço, a 90 kilómetros al sur de Lima y una brigada avanzó rápidamente hacia Lurín, cuyo valle fértil se prestaba admirablemente a la concentración del cuerpo expedicionario destinado a operar contra Lima, de la cual sólo estaba a alrededor de unos 30 kilómetros.

La primera división Villagrán, que desembarcó en Pisco, tenía orden de juntarse con el ejército por vía terrestre y la primera brigada bajo las órdenes del capitán de navío Patricio Lynch se puso en marcha resueltamente; el general Villagrán había visto inconvenientes en este itinerario y se había descargado de su responsabilidad sobre las consecuencias de una orden que por lo demás se declaraba listo a ejecutar. El general Baquedano no vaciló en enviarlo a Chile: “La responsabilidad de una orden, escribía en esa ocasión, cae únicamente sobre el general en jefe que la da, sin que el que la ejecuta tenga derecho a calificarla, puesto que cumplió su deber limitándose a obedecer”. Mientras que la segunda brigada se reembarcaba en Pisco y se juntaba por mar (?), la brigada Lynch cubría 200 kilómetros sin encontrar resistencia seria y retomaba su lugar de batalla el 25 de diciembre.

En Lima, el jefe supremo don Nicolás de Piérola continuaba a desplegar la más grande actividad. La capital había sido protegida por un conjunto importante de fortificaciones y en especial una ciudadela levantada en cada uno de los cerros San Bartolomé y San Cristóbal, que dominaban inmediatamente la ciudad. Al sur estaba cubierta por dos líneas, la primera a 12 kilómetros de Lima, apoyada en el Morro Solar delante de Chorrillos y San Juan, de 14 kilómetros de largo; la segunda, a 6 kilómetros de la primera y de Lima, cerca de Miraflores. Desde noviembre, el desembarco de la división Villagrán en la costa sur había revelado la intención del invasor de atacar de ese lado y los trabajos de este sector habían sido objeto de un cuidado muy particular. Estaban convenientemente trazados y utilizaban los accidentes del terreno; pero los atrincheramientos parecían ser bastante débiles y no se había pensado la construcción de una defensa accesoria; en particular, la defensa había utilizado los muros del recinto perforándolos con troneras, sin reforzarlos, y en ese país privado de lluvia los muros son en tierra secada al sol, raramente a prueba de bala y no pueden resistir al cañón.

Como quiera que sea, las defensas de Lima inspiraban una confianza absoluta al ejército y a la población de la capital; por medio de revistas, de grandes ceremonias religiosas y militares, Piérola había exaltado el sentimiento patriótico al más alto grado. Algunos contingentes indios venidos del interior habían reforzado el ejército regular, formado de cuatro divisiones, que defendía la primera línea Chorrillos-San Juan; el ejército de reserva, cuyos efectivos sólo eran de 10.000 hombres, se estableció en la segunda línea, la de Miraflores a San Bartolomé.

Piérola había tomado el mando del ejército y permanecía en sus líneas pensando que era preferible librar batalla ahí más bien que en campo raso. Un regimiento de caballería, el único del ejército peruano, había sido encargado de disputar el terreno al avance chileno, pero había sido destruído en su mayor parte en una sorpresa. Pequeños destacamentos de guerrilleros sólo habían logrado atraer sobre la población los rigores del invasor que la había considerado como responsable. Sin embargo, a pesar de que sus tropas eran carentes de instrucción, parece que habrían podido constituir, fuera de la guarnición de Lima, un cuerpo de observación que establecido en las montañas sobre el flanco derecho de los chilenos, habría podido hostigar al ejército de invasión, estorbar sus comunicaciones y causar disturbios en el último momento en su despliegue frente a la línea de Chorrillos-San Juan. Fueron los reconocimientos enemigos que tomaron contacto con esta línea y fue con toda tranquilidad que las tres divisiones chilenas se dispusieron frente a ella.

La primera división del capitán de navío Lynch atacaba, delante de Chorrillos, la línea permanente de Morro Solar y el cerro de Santa Teresa, defendida por la división Iglesias; al centro, la división Sotomayor debía tomar la posición de San Juan, defendida por el coronel Cáceres; a la derecha, la división del coronel Lagos tenía frente a ella la línea defendida por el coronel Dávila. La reserva chilena, bajo el mando del coronel Martínez estaba ubicada detrás del centro izquierdo; el coronel Suárez mandaba la reserva peruana.

A la izquierda, como la división Lynch tiene menos camino que recorrer, llega primero al contacto a las cinco de la mañana. Sostenida por el fuego de la escuadra tomó las primeras trincheras, pero su progresión fue detenida por una vigorosa resistencia; incluso pareció debilitarse un momento y el general Baquedano debió lanzar su reserva sobre este punto. Entretanto, a las seis de la mañana, la segunda división Sotomayor llegaba y luego de una buena preparación con la artillería, tomaba en un solo impulso las trincheras peruanas, abriendo el centro de la línea. Cáceres debió ceder el terreno, replegándose en orden hacia Chorrillos. Mientras tanto, la división de la derecha había detenido la izquierda peruana con su fuego y algunas maniobras amenazantes.

A las siete y media, por la brecha abierta al centro, se precipitaban dos regimientos chilenos de caballería que completaron la derrota de la izquierda peruana y la persiguieron sin tregua en la ruta de Tebes.

Pero la derecha, después de haber cedido un poco de terreno se había repuesto en el Morro Solar y en Chorrillos. Baquedano debió formar de nuevo su línea; la primera división juntó sus batallones frente al norte, la segunda, que venía del San Juan, al oeste, con una brigada de la tercera división y el Morro Solar fue atacado por los dos lados; cortado de Chorrillos y arrinconado contra el mar, Iglesias debió rendirse luego de una bella resistencia, hacia mediodía.

Chorrillos resistía aún. La reserva peruana, atacando mal al principio, reforzaba ahí con Suárez la resistencia, que fue encarnizada. Esta pequeña ciudad de recreo,

donde venía el Lima elegante a los baños de mar durante los calores, había sido sumariamente organizada y cada barrio fue defendido casi casa por casa. Hacia las dos de la tarde, la ciudad había sido tomada en su conjunto, pero algunos centros de resistencia sólo cayeron en la noche, con el incendio de las casas. El fuego ganó poco a poco toda la ciudad y la consumió, con la excepción única de tres casas.

Piérola, que tenía su cuartel general en Chorrillos se había transportado a San Juan en la mañana; luego había vuelto a Chorrillos después de la pérdida de San Juan. Hacia mediodía se replegó a Miraflores, a lo largo del mar, después de haber dejado órdenes para la resistencia más enérgica.

Fueron las únicas que dio en el curso del día; cada cuerpo operó aisladamente, sin una vista general. Piérola, aclamado con entusiasmo por las tropas a su llegada al campo de batalla, recorrió el terreno seguido de algunos oficiales, mientras que el Estado Mayor estaba lejos de él; se expuso con una valentía personal incontestable y casi fue tomado. Impasible, parecía no comprender los acontecimientos, de los cuales nadie le rendía cuentas y ni siquiera trató de dirigir el combate. Esta ausencia de mando y la inexperiencia de las tropas peruanas por una parte y de la otra el firme mando, el magnífico ardor de la infantería chilena explican la victoria de los asaltantes. De los 20 ó 22.000 hombres que habían combatido en la primera posición, 10.000 más o menos estaban fuera de combate, de los cuales la mitad muertos, 2.000 prisioneros y alrededor de 6.000 se unieron al llamado del jefe supremo en la segunda posición, donde estaba establecido el ejército de reserva. En cuanto al ejército chileno, él acusaba 797 muertos y 2.512 heridos.

En la mañana del 14, el general Baquedano envió al jefe supremo Piérola un parlamentario, acompañado del coronel Iglesias, ex ministro de la guerra, hecho prisionero la víspera. Rendía homenaje a la valentía de sus enemigos, llamaba la atención de Piérola sobre el peligro de continuar las hostilidades tan cerca de Lima y lo invitaba a enviar plenipotenciarios al campo del vencedor para tratar de la paz. Piérola, que visitaba entonces sus vanguardias, hizo responder al parlamentario que deseaba la paz, que esperaba en su campo los plenipotenciarios chilenos. Una cuestión de protocolo parecía detener las negociaciones. Pero después de haber conferenciado con él, los representantes de las potencias extranjeras en Lima se decidieron a intervenir; el general Baquedano recibió los ministros de Francia, de Inglaterra y de San Salvador el 14 en la mañana, le pidieron proteger los intereses de los súbditos extranjeros en peligro en Lima y por supuesto que llegaron a considerar la cesación de hostilidades. El general Baquedano declinó toda mediación que hubiera podido tener un carácter de arbitraje y especificó que antes de la apertura de las conversaciones entre los beligerantes, la plaza del Callao debía serle entregada sin condiciones. Para dar el tiempo a Piérola para examinar esta proposición consintió en una suspensión de armas que debía terminarse a medianoche. Las hostilidades debían cesar, pero los movimientos de tropas podían continuar al interior de la línea formada por las vanguardias.

Los 2.000 hombres que formaban la guarnición del Callao vinieron a reforzar el ejército de Piérola; a ella se unieron en la noche algunos contingentes de indios. Las tropas regulares estaban a la derecha y en el centro de la línea, el ejército de reserva, a la izquierda.

Del lado chileno, la 3ª división mandada por el coronel Lagos, se formaba en la planicie, frente a Miraflores, cerca del mar: era la que había sufrido menos en la batalla del 13 de enero y a ella estaba reservado el esfuerzo más rudo. Este movimiento, y quizá un reconocimiento que el general Baquedano ejecutaba en su primera línea, hizo creer a los peruanos que eran atacados y que la suspensión de armas había sido rota. Abrieron el fuego, que se extendió rápidamente en toda la línea en los dos campos.

En ese mismo momento, el jefe supremo Piérola, conferenciaba en Miraflores con el contraalmirante Dupetit-Thouars, comandante en jefe de la división naval del Pacífico³, el contraalmirante inglés, comandante de las fuerzas navales británicas y el comodoro italiano. El almirante Dupetit-Thouars había obtenido que la circulación entre Lima y el Callao fuera restablecida y que las colonias extranjeras, las mujeres y los niños pudieran salir de la capital amenazada. Piérola parecía en fin admitir la necesidad de tratar y de buscar un medio de comenzar las negociaciones sin desmoralizar su ejército y sin humillar son país. –Un tren especial llegaba a su cuartel general llevando todo el cuerpo diplomático para decidirlo a ello con el fin de evitar a Lima los horrores de un saqueo.– Fue en ese instante preciso que comenzó el tiroteo, haciendo correr los peligros más grandes a los ministros y a los almirantes extranjeros, como también al dictador y a su estado mayor, puesto que no había ni siquiera un caballo ensillado en el cuartel general de Piérola, ubicado a algunas centenas de metros de la primera línea.

Luego de haberse acusado recíprocamente de traición, las dos partes están ahora de acuerdo por admitir que el combate recomenzó de manera puramente accidental, causado por un malentendido.

La dercha peruana, bajo Cáceres, se apoyaba en una obra bastante importante que se elevaba en la costa; pero la escuadra chilena la contrabatía y desmontó rápidamente los dos cañones pesados que formaban su armamento; Hacia la izquierda,

³ En estas circunstancias el almirante Dupetit-Thouars jugó un papel muy importante. Hizo ver a Piérola el peligro que la prolongación de las hostilidades hacía correr al Perú y se esforzó por llevarlo a tratar después de la toma de Tacna y Arica. Admirablemente informado por sus oficiales de enlace con los beligerantes, juzgó el valor de ambos ejércitos en presencia: “La moral es buena entre los peruanos como entre los chilenos , escribía al Ministro de la Marina; pero los primeros no están organizados, mientras que los segundos tienen un verdadero ejército”. Señala sin embargo que en los regimientos chilenos de reciente formación, los oficiales temen no poder contener sus hombres y Lima correrá los más grandes peligros si la batalla se libra al pie de sus murallas. Es la protección de importantes colonias extranjeras, como también de la población de esta hermosa capital lo que guía sus gestiones y las del almirante inglés y del comandante italiano. El populacho se agita en los suburbios y contra este otro peligro una guardia urbana de franceses e italianos se organiza bajo el mando de un ex capitán de navío de la marina francesa, el señor Champeaux, que es director de las construcciones del puerto del Callao (Muelle y Dársena). Nota del Autor.

los batallones de estudiantes y de comerciantes salieron resueltamente de las trincheras y amenazaron con envolver la derecha chilena; una carga oportuna de la caballería permitió de contener este avance hasta la llegada de la reserva y en seguida sucesivamente de las brigadas de la 1ª división Lynch. El combate se había restablecido hacia las dos horas y media.

En ese momento, la 3ª división del coronel Lagos, apoyada por los fuegos de la escuadra, dio el asalto; fue tomada la primera línea peruana, pero la segunda línea opuso una nueva resistencia; los defensores quedaron sin municiones y cedieron el terreno hasta Miraflores, que fue incendiado y destruido de arriba abajo.

A las cuatro y media, la reserva Martínez y la primera división Lynch atacaban a su vez el centro y la izquierda de los peruanos, que fueron tomados de flanco por el avance de la 3ª división Lagos. Aunque los accesos de las trincheras fuesen sembrados de minas automáticas, la línea fue tomada y dos regimientos de caballería prosiguieron tan lejos como lo permitía el estado del terreno, cortando numerosas cercas. A las seis, los chilenos ya no tenían enemigos frente a ellos.

De 23.129 combatientes, el ejército chileno perdió, durante las jornadas del 13 y del 15 de enero de 1881, 5443 hombres fuera de combate, entre los cuales 1.229 muertos y 4.144 heridos, o sea más del cuarto de los efectivos.

Las informaciones peruanas son menos precisas, pero se puede admitir que hubo, de 30.000 combatientes, 6.000 muertos y 3.000 heridos, o sea un tercio del efectivo fuera de combate. Entre los muertos de la última batalla, todas las clases sociales estaban representadas, como también todas las edades de la vida: se contaba con magistrados de sesenta años y estudiantes de dieciocho, diputados, escritores, artistas, diplomáticos, notables comerciantes...

Durante meses, estos ciudadanos apacibles habían sido puestos a hacer ejercicios durante algunas horas por día, siempre volviendo a alojar donde ellos; este ejército de reserva era apenas una guardia nacional y es admirable que estos soldados improvisados, poco y mal guiados, apoyados por una artillería tan insuficiente haya podido oponer tal resistencia a las tropas aguerridas de Chile y soportar tales pérdidas antes de ceder al enemigo un terreno que obtenía al precio de grandes sacrificios. Es evidente que estas batallas quedan fuera de comparación, por los efectivos en presencia, con las que tuvieron lugar en Europa hacia la misma época, la guerra franco-alemana de 1870-1871 y la guerra ruso-turca 1877-1878. Se trata de poblaciones mucho menos considerables, escasas en un territorio de una extensión inmensa y el número de combatientes es limitado por la cantidad de material que puede venir de Europa. Se puede constatar que todos estos combates consisten en un ataque de frente, obligatoriamente muy costosos en hombres; incluso admitiendo que la naturaleza del país prohíba los movimientos de gran envergadura, parece que se habría podido tentar algunas maniobras para luego lanzar un ataque de flanco, que habría amenazado las comunicaciones del adversario; pero sin duda el mando y las tropas todavía bisoñas no lo permitía y en ausencia de informaciones suficientes, los resultados son tales que es

imposible de criticar los mandos chilenos, que tuvieron siempre la iniciativa en el ataque.

Quedaba resolver el problema de la entrada a Lima del ejército victorioso. Las tropas chilenas creían haber sido atacadas a traición el 13 de enero en Chorrillos, donde el combate había recommenzado con violencia, mientras que las tropas peruanas se habían puesto en retirada sobre el resto del campo de batalla; la ruptura del armisticio el 15 de febrero les parecía otra traición; los soldados vencedores estaban exasperados. Pues bien, sus oficiales, incluso antes de los acontecimientos, temían no poder impedir el saco de Lima, donde reinaba el más grande desorden. El jefe supremo había desaparecido sin dejar en la capital una organización cualquiera. En su ausencia, los almirantes francés, inglés e italiano se dirigieron al alcalde, el señor Torrico, hombre de corazón y resuelto. En la noche enviaron tres oficiales que atravesaron las líneas en medio de los más grandes peligros a causa de la excitación general; por todos lados los chilenos estaban irritados contra los extranjeros, a quienes acusaban de complicidad en lo que ellos llamaban la traición de los peruanos. Los oficiales llegaron sin embargo al cuartel general del comandante en jefe, el general Baquedano, que los recibió al principio muy fríamente. Pero el teniente de navío francés Roberjot, que la víspera había sido testigo con el almirante Dupetit-Thouars de la sorpresa completa que sintió el estado mayor de Piérola cuando se abrió el fuego y que había compartido los peligros corridos por los ministros y los oficiales extranjeros, pudo garantizar la buena fe de los peruanos; el teniente de navío Roberjot había acompañado al almirante a Santiago y conocía los principales personajes del cuartel general chileno; supo hacerse oír y obtuvo que todo movimiento hacia adelante fuera suspendido hasta la llegada del alcalde de Lima, al que acompañarían los ministros plenipotenciarios de Francia e Inglaterra y los comandantes de las fuerzas navales inglesas, francesas e italianas.

Al día siguiente, 16 de enero, esta embajada encontró bajo su tienda al general Baquedano, el Ministro de la Guerra en Campaña Vergara y cierto número de notabilidades chilenas. El alcalde de Lima explicó la situación “con mucha simplicidad y nobleza –dice el almirante Dupetit-Thouars-. Dice que en ausencia de toda autoridad gubernamental había creído ser de su deber, como jefe de esta gran ciudad, de venir a solicitar que ella fuera protegida, afirmó que él y los miembros de la ‘guardia urbana’, que acababa de ser reorganizada esa mañana bajo las órdenes del señor de Champeaux, harían todos sus esfuerzos para que no se produjera ningún acto de hostilidad contra los chilenos”.

“Después de algunas conversaciones durante las cuales cada uno asistió lo mejor que pudo al señor Torrico⁴, se convino que Lima sería ocupada pacíficamente al día

⁴ La leyenda dice que fue por la amenaza de hundir la escuadra chilena que el almirante Dupetit-Thouars evitó el saqueo de Lima. Es verdad que tal extremidad fue contemplada con todas sus consecuencias, pero felizmente el almirante no tuvo necesidad de presentarla frente a un ejército justamente orgulloso de su victoria. Su informe al Ministro de la Marina es muy formal. El 14 de enero, después de la primera batalla, antes de haber visto a Piérola, escribe :

siguiente por las tropas de élite, a condición que el alcalde hiciera todos sus esfuerzos, con el concurso de la “guardia urbana” para alejar los hombres armados que se encontraban todavía en la ciudad y para obtener que los fuertes construidos últimamente sobre las alturas que la dominan fueran evacuados por sus defensores”.

Luego el almirante Dupetit-Thouars pudo obtener que las dársenas construidas por una empresa francesa (y que representaban un capital de 42 millones de moneda francesa) serían respetadas a pesar de haber servido de abrigo a los navíos de guerra peruanos y que estuviesen armadas con cañones. El regreso no se efectuó sin que haya habido algunos tiros de fusil contra el tren parlamentario, a pesar de todas las precauciones tomadas por el mando chileno.

Lima, que acababa de escapar del saqueo por el enemigo, se encontró amenazada de pillaje por los habitantes de sus arrabales y la soldadesca desbandada. Los almacenes de los chinos primero, luego los de los italianos eran dejados al pillaje; en el mismo corazón de la ciudad se encendían incendios, donde se oía reventar un tiroteo. El comandante de Champeaux se encargó de la primera patrulla con un oficial inglés y otro francés, los médicos franceses y cuatro o cinco extranjeros. Los franceses y los italianos de la “guardia urbana” se juntaron a él y el orden fue restablecido en la noche, no sin algunas ejecuciones sumarias. Se evalúa en una decena de millones el valor de los daños causados por estos disturbios. Otros análogos, reprimidos de la misma manera, desolaron el Callao. La entrada de las tropas chilenas se hizo en orden en las dos ciudades, sin dar lugar a ningún incidente.

« En circunstancias tan críticas el almirante Stirling, el comodoro italiano y yo no vimos otra cosa que hacer que obtener a cualquier precio la circulación de los trenes en todas direcciones para enviar las mujeres y los niños fuera de Lima, de ganar tiempo para hacer esta operación ; y resolvimos que si los chilenos nos empujaban a las últimas extremidades, de hacerles sentir que cortaríamos, si había necesidad, la retirada de su ejército con la destrucción de su marina. ¡Pero era ésa un arma muy peligrosa de manejar, ya que la seguridad de todos los extranjeros repartidos desde el Perú hasta el Cabo de Hornos dependía directamente de un acto de este tipo ! ».

En la noche del 15 al 16, a propósito de la misión de la cual están encargados estos oficiales de marina ante el general Baquedano : « Al hacer anunciar a los chilenos desde la víspera que acompañaríamos nuestros ministros en estas conferencias, el almirante Stirling y yo esperábamos ejercer cierta presión sobre ellos sin formular amenazas. Y creo que estuvimos bien inspirados ». Y al dar cuenta de la entrevista misma, el almirante dice simplemente al Ministro : « Cada uno asistió al señor Torrico lo mejor que pudo ». No hay nada en ello que se parezca a una tentativa de intimidación. La presencia de los almirantes daba mucho peso a la gestión de los ministros extranjeros ; en sus bocas el lenguaje de la moderación y de la humanidad parecía más convincente a los generales chilenos ; por último evocaban una fuerza naval preponderante : cuatro navíos ingleses, cuatro franceses, tres italianos capaces de destruir esta bella flota cuyos progresos constantes provocaban la admiración de las marinas extranjeras y del almirante Dupetit-Thouars en particular, y que formaba el elemento capital del poderío chileno. La amenaza habría probablemente producido su efecto. Pero felizmente ella no fue esgrimida al estado mayor chileno, que oyó la voz de la razón y supo contener las tropas exasperadas. El almirante Dupetit-Thouars, por su ascendiente personal y su conducta prudente y enérgica a la vez, obtuvo todo el resultado que buscaba. Perú le queda profundamente reconocido y acaba de honorarlo levantando en Lima un monumento a su memoria. (Nota de Autor).

Todos los buques de guerra que quedaban todavía en el Callao fueron hundidos por sus tripulaciones y Piérola, refugiado al otro lado de Los Andes, trató de reanudar las negociaciones por la paz; pero el Gobierno chileno se negó a tratar con él, acusándolo de haber roto traicioneramente el armisticio el 14 de enero. Un gobierno provisorio se reunió en Lima, con el doctor Francisco García Calderón como jefe provisorio, y las negociaciones comenzaron. Pero surgieron dificultades y el doctor García Calderón fue deportado a Santiago de Chile. Como el Presidente Piérola había dimitido, el contraalmirante Montero aseguraba el cargo del Gobierno como vicepresidente y se negaba a toda cesión de territorio. La mediación de los Estados Unidos parecía tomar una forma concreta bajo el Presidente Garfield; su Secretario de Estado a los Asuntos Extranjeros, el señor Blaine, habría querido que la paz fuera concluida sin anexión, pero con indemnizaciones de guerra; el representante de Estados Unidos en Lima, que apoyaba esta idea, estuvo en conflicto con su colega en Santiago y el señor Blaine envió en misión especial al señor W. H. Prescott, que debía reconocer el Gobierno provisorio del señor Calderón y alejar, por lo menos provisoriamente, toda idea de anexión de territorio. Pero el señor Prescott venía apenas de indicar este punto de vista, que la muerte del general Garfield y el reemplazo del señor Blaine cambiaban sus instrucciones y el sentido de su misión: obedeciendo de malas ganas, admitió que Chile propusiera condiciones todavía más duras que las de Arica, que el mismo Gobierno de los Estados Unidos juzgó exorbitantes. Después de la partida del señor Prescott, los nuevos Ministros de los Estados Unidos que residían en el seno de las Potencias beligerantes, permanecieron en la oposición, como sus predecesores, anulando así la acción de su Gobierno. El resultado de la intervención americana fue el de alejar las mediaciones extranjeras y de prolongar las hostilidades, dando al Perú la ilusión decepcionante de una acción moderadora que, de parte de los Estados Unidos, debería quedar en un estado de veleidad pasajera.

Mientras tanto, el almirante Montero, habiendo alcanzado la dignidad de Vicepresidente de la República Peruana, se había dirigido a Arequipa donde un pequeño cuerpo de 5.000 hombres protegía su Gobierno. El coronel Cáceres, nombrado general, luchaba por la independencia de la región andina, alternando éxitos y reveses. En 1882 había liberado el valle de Jauja, pero en julio de 1883, los chilenos habían tomado pie en las montañas y lo habían vencido en Huamachuco; al mismo tiempo, una expedición bien preparada había destruido las fuerzas peruanas del almirante Montero y ocupado Arequipa. El general Iglesias, que mandaba en los territorios del Perú septentrional, no había logrado organizar ahí una resistencia seria y varias expediciones chilenas habían recorrido el país, recaudando pesadas contribuciones de guerra y quemando las ciudades cuando se negaban a pagar.

En ausencia de todo Gobierno regular, Iglesias asumió la penosa tarea de conducir las negociaciones por la paz, a pesar de la intransigencia del valiente Cáceres que, cubierto de heridas, organizaba nuevas fuerzas en su reducto natal de Ayacucho, negándose a toda paz que estuviera fundada en una cesión de territorio.

El tratado definitivo fue precedido de conferencias preliminares. Chile pedía la cesión pura y simple del territorio de Tarapacá y la venta obligada de Tacna y Arica de un costo de 10 millones de pesos (50 millones de francos). Terminó por consentir a la ocupación temporal de Tacna y Arica durante diez años al cabo de los cuales un plebiscito determinaría el país al cual volverían esos territorios. El tratado de Ancón fue firmado en consecuencia el 20 de octubre de 1883 y ratificado el 8 de mayo de 1884; estipula la cesión a perpetuidad e incondicional de la provincia de Tarapacá. En su artículo III define los límites de las provincias de Tacna y Arica, cuyo territorio continuará a ser poseído por Chile y sometido a la legislación y a las autoridades chilenas durante un plazo de diez años a contar de la ratificación del presente tratado de paz. Una vez el plazo expirado, un plebiscito decidirá, por voto popular, si el territorio de las provincias susodichas queda definitivamente bajo la dominación y soberanía de Chile o si *él continúa a formar parte del territorio peruano*. Aquél de los dos países al cual quedarán anexadas las provincias de Tacna y Arica pagará al otro 10 millones de pesos...” Un protocolo especial debía establecer la forma del plebiscito y las condiciones de pago de la indemnización prevista.

*

* *

Tal es el artículo III del tratado de Ancón, que crea toda la cuestión del Pacífico. En cuanto fue firmado, el ejército chileno evacuó Lima y las últimas tropas dejaron el Callao en el momento de la ratificación. Durante más de dos años y medio, la dominación extranjera se había sentido como un gran peso en el territorio invadido, en particular la Capital, la Ciudad de los Reyes había sufrido material y moralmente bajo la ruda mano del almirante Lynch, que había reemplazado al general Baquedano en el mando del ejército de ocupación. Había pagado pesadas contribuciones de guerra, sus bibliotecas públicas y sus obras de arte habían sido embargadas y transportadas a Chile; su Universidad –la más antigua de las dos Américas-, y todos sus establecimientos de instrucción habían sido transformados en cuarteles. El recuerdo de todos esos males, en parte evitables, incluso el de las ejecuciones militares, de las cuales toda la región invadida había sufrido, sería sin duda bien atenuado por el tiempo en la memoria de poblaciones amables y refinadas, que parecían vivir al día. Pero una herida está siempre abierta cuyo dolor despierta todos los otros: la marcha del tiempo, en lugar de traer el olvido, sólo hace complicarse cada vez más la solución al problema.

Primero, Chile amplió el desmembramiento que resultó del tratado al continuar la ocupación de la pequeña provincia de Tarata, al norte de Tacna, y la conservó a pesar de las protestaciones del Perú. Luego, el protocolo que, según el tratado de Ancón, debía arreglar las condiciones del plebiscito y el pago de la indemnización no fue jamás establecido.

El 26 de enero de 1894, un texto redactado de común acuerdo por plenipotenciarios autorizados fue admitido por el Gobierno peruano, pero el Gobierno chileno le negó su asentimiento a pesar de la opinión de su representante. En 1895, después de haber obtenido de Bolivia la cesión de su provincia marítima de Atacama, Chile había transferido a Bolivia, por medio de una convención secreta, la soberanía que debía adquirir sobre Tacna y Arica, luego del tratado de Ancón; Bolivia reencontraba así, a expensas de su ex aliado, una salida al Océano Pacífico; pero esta negociación no era muy a propósito para activar la solución del conflicto con el Perú. Mientras tanto surgían dificultades con la República Argentina a propósito del trazado de la frontera común en Patagonia; Chile, haciéndose más conciliante, firmaba entonces con el Perú el tratado del 9 de abril de 1898, que sometía al arbitraje de la Reina regente de España el litigio al cual daba lugar el establecimiento del protocolo previsto por el tratado de Ancón. Parecía pues que la cuestión iba a ser por fin resuelta cuando el Conflicto con la República Argentina recibió una solución pacífica: La Cámara de Diputados de Chile postergó entonces la discusión del tratado del 9 de abril con el Perú y también el de 1895 con Bolivia, que estaba todavía en suspenso.

Se trataba de un cambio completo en la política chilena que se decidía a nacionalizar las poblaciones de los territorios ocupados desde hacía veinte años. Todos los medios fueron empleados: el ejército, primero, por la aplicación del servicio militar y por la concentración de tropas; la escuela, donde los institutores chilenos reemplazaron los institutores peruanos; la iglesia, cuyos padres peruanos fueron expulsados; los trabajos de toda naturaleza, construcción y explotación de ferrocarriles y de minas, donde afluyeron obreros chilenos; las concesiones de tierras, hechas en detrimento del dominio público y en beneficio de colonos chilenos a los cuales leyes especiales dieron ventajas particulares; por último, el medio simple de expulsiones arbitrarias, hechas por hornadas.

Algunas de estas medidas eran manifiestamente contrarias al tratado de Ancón, que había sometido a las leyes chilenas las poblaciones de los territorios ocupados, pero no a un régimen de arbitrariedad sin límites, en particular el cierre de los oratorios privados, después de los de las iglesias; y las expulsiones de los padres peruanos que fueron declaradas ilegales por el tribunal chileno de Tacna: hay pues jueces en Chile. El Parlamento chileno escuchó en varias oportunidades las críticas de sus miembros a este propósito. Ellas fueron tan inútiles como las protestas del Gobierno peruano, que terminó por romper sus relaciones diplomáticas con Chile.

En varias oportunidades intervinieron nuevas conversaciones, pero sin resultado. Chile no quería admitir el plebiscito si éste no era organizado por sus representantes y sin control extranjero; fue en vano que Perú propusiera volver al tratado de 1898, que sometía al arbitraje las condiciones del plebiscito. El Canciller, don Agustín Edwards, escribía en marzo de 1910 al Ministro de Asuntos Extranjeros del Perú: “Debo recordar a Su Excelencia que los plebiscitos registrados por la historia prueban que no hay en ellos otra cosa que medios inventados por los Gobiernos para obtener, bajo la apariencia del sufragio popular, una cesión o una anexión convenida por anticipado con el fin de

evitar, tanto como fuere posible, de herir el sentimiento nacional del país desmembrado. La razón de ello es evidente. Los Gobiernos no podrían consentir seriamente a entregar a la eventualidad de un voto la suerte de un territorio esencial, como es el caso, a la seguridad de las fronteras y necesario para compensar sacrificios de sangre y de dinero”. Esta teoría del plebiscito era, por el contrario, completamente nueva y en la práctica no puede encontrar aplicación en ninguna de las consultas que, en 1859 y 1866 modificaron las fronteras, según el voto unánime libremente expresado por las poblaciones en Savoya y en Niza, como en toda la Alta Italia.

Cuando las expulsiones se multiplicaron en Tacna y Arica, dando lugar a incidentes que motivaron la ruptura de las relaciones consulares entre los dos Estados, el Presidente Wilson trató de intervenir, pero su acción pacificadora, acogida por el Perú con gratitud, fue eludida por Chile. Pero el fin de la guerra mundial daba nacimiento a la Sociedad de Naciones; los pueblos podían disponer de ellos mismos. La Alsacia y la Lorena volvieron a ser francesas; se crean Estados nuevos por la resurrección de nacionalidades destruidas desde hace más de un siglo, como la Polonia, o desde hace tres siglos, como la Checo-Slovaquia; la Rumania doblaba su territorio, Dinamarca recuperaba Sleswig a pesar de su neutralidad forzada durante la guerra; parecía comenzar una era nueva inaugurando la Paz por el derecho y la justicia. Puesto que el pacto que se creaba hacía la Sociedad competente en todas las cuestiones “que afectan la paz del mundo”, la del Pacífico podía ser evocada ante ella. Perú y Bolivia la presentaron, pues, ante la primera asamblea de Ginebra.

El secretario general respondió a los requirentes que sus solicitudes, aunque recibidas tardíamente para ser inscritas en la orden del día, serían inmediatamente presentadas a la asamblea. Habiendo quedado sola, la delegación boliviana pidió la discusión de la suya para la sesión siguiente.

En la sesión de 1920, Bolivia expuso en substancia que el tratado de 1904, resultado de la guerra de 1879-1883, la había privado por medio de la conquista de toda salida al mar y se le había tomado, por medio de la violencia, una provincia que había formado parte en todo tiempo de su unidad nacional. Chile respondió que el tratado de paz concluido veinte años después de la guerra en una atmósfera de simpatía recíproca, había sido hasta aquí ejecutado fielmente por las dos partes; que Chile había construido un ferrocarril entre La Paz y el mar, aumentando las comunicaciones económicas de Bolivia y que la Sociedad de Naciones, fundada principalmente para asegurar el respeto a los tratados, no tenía calidad para discutirlos.

En la sesión de 1921, la Comisión de juristas fue consultada por la oficina sobre el sujeto de la interpretación a dar en el caso particular al artículo 19 del pacto, que prevé la intervención de la Sociedad de Naciones “para la revisión de los tratados vueltos inaplicables, así como de situaciones internacionales cuya prolongación puede comprometer la paz del mundo”. La Comisión emitió el parecer según el cual la petición de Bolivia era inaceptable, puesto que no se había producido ninguna modificación que

hubiera hecho el tratado inaplicable y que nada, en tal situación, amenazaba la paz del mundo.

La causa del Perú se presentaba mucho más favorablemente que la de Bolivia; junto con pedir la revisión del tratado de paz apoyándose sobre el artículo 19, constataba que su ejecución había sido diferida sin cesar por atrasos de los cuales hacía responsable Chile: se podía establecer esta responsabilidad según pruebas e inmediatamente. En todo caso se imponía un arbitraje puesto que la organización del plebiscito, ya difícil en 1894, lo era mucho más veintisiete años después. Este tratado inaplicado se había hecho inaplicable en su texto definitivo y la ruptura de relaciones diplomáticas y consulares creaba entre los dos Estados una situación verdaderamente insólita “cuyo mantenimiento podía poner en peligro la paz del mundo”. A este doble título el Perú había requerido la aplicación del artículo 19 del Pacto; esta proposición tenía todas las posibilidades de ser acogida, pero ella fue retirada después de la elección de Mr. Harding a la presidencia de los Estados Unidos; El candidato del partido republicano había sido elegido sobre la base de un programa claramente opuesto a la adhesión de los Estados Unidos a la Sociedad de Naciones y el Gobierno del Perú temía herirlo.

Fue entonces que Chile propuso al Perú de efectuar el plebiscito prescrito por el tratado de Ancón. En su respuesta, el Gobierno del Perú invocó primero la necesidad de establecer claramente la situación que resultaba de lo que llamó las violaciones del tratado entre 1894, fecha indicada para el plebiscito y 1922, fecha en la cual tendría lugar. Estas constataciones hechas, convendría establecer su alcance jurídico y a partir de ello determinar las consecuencias políticas. ¿Continuaba aún de ser aplicable el artículo III del tratado de Ancón? ¿Y era necesario el plebiscito para el retorno de Tacna y Arica a su nacionalidad primera? Dándose cuenta de la dificultad que tendría el Estado vencedor para ubicarse en este punto de vista, el Gobierno del Perú reclamaría en seguida el arbitraje de los Estados Unidos.

Puede ser que tal comunicación habría quedado sin respuesta si el Presidente Harding, facilitando así las conversaciones, no hubiera invitado las dos Potencias a enviar sus plenipotenciarios a Washington, que en un terreno neutro y una atmósfera de cordialidad podrían tentar de llegar a un entendimiento en un litigio que había durado tanto tiempo. En respuesta, los dos Estados enviaron pues sus representantes a Washington, pero el Gobierno de Chile se negó a discutir ahí con Bolivia, que pedía participar en las conferencias: en el espíritu de la cancillería chilena se trataba evidentemente de solucionar la ejecución del artículo III del tratado de Ancón y no de discutir sobre los artículos de ese tratado, como por ejemplo la cesión de Tarapacá, y todavía menos de revisar el tratado de 1904 con Bolivia, cuya ejecución ha sido completa y no da lugar a contestación alguna. El Gobierno americano solicitado de intervenir, alegó que no era ni juez ni parte en la discusión y se recusó con una escrupulosa corrección.

Luego de discusiones bastante largas, los plenipotenciarios lograron redactar en un protocolo el programa de la conferencia que permite esperar el fin del conflicto. Se encuentran ahí cuidadosamente enumerados todos los puntos en litigio. La cuestión de Tarata, pequeño distrito ubicado fuera de la zona fijada por el tratado de Ancón y sin embargo ocupado por Chile aparece en primer lugar; luego la conferencia debe examinar si hay aún lugar a plebiscito y fijar subsidiariamente las condiciones en las cuales deberá efectuarse: globalmente, por zona o bien por comuna; qué autoridad presidirá la operación: comisión mixta o potencia neutral; quién tendrá derecho a votar: inmigrados chilenos, peruanos expulsados o emigrados a repatriar en sus domicilios, cada categoría dando lugar a discusión. Se trata de un departamento que, en 1875, en el último censo antes de la ocupación por Chile, tenía 35.700 habitantes en una superficie de 32.600 kilómetros cuadrados, de los cuales, 7.723 habitantes y 4.978 kilómetros cuadrados por la provincia de Tarata. Pero ante todo es una cuestión de derecho que hay que resolver y una infinidad de dificultades aparecerán provocadas por una larga posesión de hecho. ¿Cómo reconstituir el cuerpo electoral que habría debido votar en 1894? ¿Es posible ignorar sistemáticamente todos los intereses que se desarrollaron en el curso de la larga ocupación chilena, legítima o no? Si está claramente establecido que es como consecuencia de la voluntad de Chile que el plebiscito no tuvo lugar en la época fijada, ¿no hay lugar a una compensación pecuniaria por los importantes beneficios que el poseedor obtuvo por la explotación de los yacimientos minerales, causas de la guerra? El protocolo está de acuerdo con recurrir al arbitraje del Presidente de los Estados Unidos. El Parlamento peruano aprobó ya esta convención, que no ha sido sometida aún al Parlamento chileno. Se puede esperar que la política interior no influirá en la decisión de esta cuestión capital y que el Parlamento sancionará las sabias proposiciones de su Gobierno.

Nos acercamos pues de una solución, cuando un incidente bastante penoso acaba de señalar que tal solución es cada vez más urgente. En su sesión de 1922, el Consejo de la Sociedad de Naciones eligió como presidente a don Agustín Edwards, representante de Chile, que por lo demás dirige los debates con tacto y competencia. Pero en las circunstancias actuales, el Gobierno peruano juzgó que su representante, el señor Cornejo -al que se le había ofrecido la vice-presidencia-, no podía reunirse bajo la presidencia de un hombre de Estado chileno que jugó, como canciller, el papel más activo en la “chilenización” de las provincias de Tacna y Arica y que es precisamente don Agustín Edwards quien expulsó los curas peruanos a pesar de un fallo de la corte chilena de Tacna, y fue en esta ocasión que se rompieron las relaciones diplomáticas entre los dos Estados, en 1910.

El problema del Pacífico no ha sido resuelto por los Congresos Panamericanos de Washington, de Méjico, de Río de Janeiro y de Buenos Aires, que tenían el mismo objetivo que la Conferencia de Ginebra. La cuestión quedaba planteada y es feliz para la

América Latina que Perú y Chile consientan por fin a someter su litigio a la República de los Estados Unidos, dando así un bello ejemplo al Viejo Mundo. Las ilusiones que hacían ver en el Pacto de las Naciones el reino del derecho absoluto y la revisión de todos los antiguos procesos, se disipan; pero sin embargo es un espectáculo consolador ver este esfuerzo hacia la justicia, que hace desaparecer una causa flagrante de guerra.

P. S.- El Senado chileno sólo había votado el protocolo de arbitraje con reservas, pero la Cámara de Diputados lo había aprobado sin restricción y como es el Congreso el que decide en última instancia, ratificó el voto de la Cámara. Las firmas serán pues intercambiadas de un momento a otro en Washington y las negociaciones por el tratado definitivo podrán comenzar luego después. El conflicto del Pacífico parece, pues, llegar por fin a su término.

Notas del Traductor

“*La Cuestión del Pacífico*” es el capítulo VI del libro del general francés, Charles MANGIN “*Autour du Continent Latin avec le ‘Jules Michelet’*”. El grueso volumen de “En Torno del Continente Latino” lleva bien su nombre, porque comenzando por las Antillas Francesas, se dirige a Guatemala, Panamá, Perú, Chile, Argentina, Uruguay y el Brasil a bordo del crucero acorazado de la marina francesa, el “*Jules Michelet*”.

De cada una de sus escalas deja notas muy instructivas basadas en sus observaciones; pese a ciertos errores o inexactitudes, su escritura es clara y amena, concisa y rigurosa yendo siempre a lo esencial; durante la navegación se entrega a reflexiones de orden político, diplomático y técnico-militar. A continuación del presente capítulo, se entrega la traducción del Capítulo IX, donde aborda aspectos y puntos de vista sobre Chile.

El General Mangin fue un héroe de la Primera Guerra Mundial, habiendo participado especialmente en Verdún, en la catastrófica ofensiva de Nivelles y en la segunda batalla del Marne, donde rompió el frente alemán. Luego de liberar algunas ciudades de la Lorena ocupó la Renania.

Varias obras de interés militar y algunas memorias de viaje, entre las cuales se cuenta “*Autour du Monde Latin...*” llevan su firma, lo que lo hace entrar al círculo de los hombres de letras; habría podido ser un hombre político si su muerte prematura no hubiera venido a impedirlo.

El relato, los análisis y los comentarios sobre “la cuestión del Pacífico” hechos por este militar francés de alto grado, sorprenden por la extrema minucia con que aborda los hechos desde dos perspectivas: la del militar y la del historiador. En tanto que militar, estudió los acontecimientos y los protagonistas, dejándonos, en su calidad de historiador, testimonios que algunos detalles inéditos, salidos sin duda de los archivos militares franceses, vienen a ilustrar el hilo histórico de la gesta del Pacífico.

Hernán MINDER PINO

Lieja, Bélgica, mayo del 2010

CHILE

Llegada a Valparaíso.- En la Escuela Naval.- El *paso de ganso*.- Ojeada sobre Chile.-
En Santiago.- Un discípulo del doctor Le Bon: el presidente Alessandri.- La acogida de Chile.-
En el Parlamento: un discurso emocionante.- Conversaciones.- Visitas.- La propaganda de
Baba Coulibaly.- Hacia el sur.- Un alto imprevisto.- En Concepción.- Homenaje a Francia.-
Las minas de Lota.- En el mar.- Impresiones sobre Chile.- Chile durante la guerra.-
En las aguas de Coronel: en memoria del heroísmo británico.- Los canales laterales.-
Al fin del mundo.- Un encuentro.- Una bella maniobra.- El estrecho de Magallanes.-
Punta Arenas.

El sol, al levantarse, nos muestra la costa chilena muy cerca, con cerros bastante elevados y un campo alegre. Pronto fondeamos en la rada de Valparaíso. La ciudad se escalona sobre una altura considerable con construcciones importantes, baterías y todo el desarrollo de un gran puerto moderno. Con un gran placer vemos de nuevo los árboles. Las casas parecen nuevas: el bombardeo por la flota española en 1866 destruyó la ciudad casi completamente; los terremotos y especialmente los maremotos que los acompañan la han desolado después en varias oportunidades. Los numerosos volcanes que humean en la Cordillera de Los Andes indican que la naturaleza todavía no se calma en estos lugares; a esta barrera gigantesca que se levanta a más de 6.000 metros de altura, corresponde naturalmente una depresión de una profundidad parecida en el Océano que baña los pies de la muralla. Pues bien, las mareas de equinoccio y las más violentas tempestades sólo agitan la profundidad de los mares a alrededor de 200 metros; pero si el lecho mismo del Océano se abisma al mismo tiempo que la costa, el estremecimiento se transmite a toda la masa líquida y la orilla es sumergida por el mar de fondo cuya violencia incalculable arrastra todos los obstáculos, diques o casas como briznas de paja y proyecta barcos al ancla hasta varias centenas de metros al interior de tierra; el empuje se transmite a través del Océano hasta los bordes asiáticos, donde causa desastres casi tan terribles.

Otra causa da a Valparaíso el aspecto de una ciudad nueva: es el aumento constante de la población, que ha triplicado en los últimos cuarenta años, elevándose hoy

a doscientos cincuenta mil habitantes. El hecho de estar en primera fila para desafiar los peligros de la guerra extranjera y de los terremotos, con todas sus consecuencias, no detiene el desarrollo de este centro. Es el puerto de Santiago, capital de Chile, y el mercado más importante de la república. Las necesidades de los transportes modernos obliga los otros puertos a trasbordar aquí la mayor parte de su flete, siendo Valparaíso en centro de un importante cabotaje.

Apretado entre Los Andes y el Pacífico, Chile se alarga desde la frontera con Perú hasta el Cabo de Hornos, sobre los 18° de latitud -2.000 kilómetros-, y su ancho es en término medio de 150 kilómetros, sin exceder jamás los 200 kilómetros; es, pues, un país esencialmente marino.

A las ocho de la mañana el *Jules Michelet* enarbola sus colores y saluda la tierra con los veintiún cañonazos reglamentarios. Luego de las formalidades de costumbre, el Ministro de Francia, Señor Lefeuvre-Méaule, sube a bordo con su agregado militar y algunos miembros de la colonia francesa, entre los cuales distingo con gusto varios veteranos, entre los cuales uno de mis compañeros de armas de Verdún. Pronto llega el vicealmirante don Francisco Nef, Director de la Escuela Naval de Chile y el contraalmirante Agustín Fontaine, ambos de origen francés; el almirante Nef fue discípulo del almirante Pugliesi-Conti y los dos camaradas de escuela se reencontraron con alegría recíproca.

Desembarcamos. En el muelle, las autoridades civiles, navales y militares nos esperan, las que me son presentadas por el intendente de la provincia, don Alberto Phillips. El regimiento Maipo rinde los honores. Paso delante de esta hermosa tropa que se presenta muy bien, a pesar de que los hombres sólo tienen tres meses de servicio. Luego de una corta estadía en la Casa de la Presidencia, el programa nos lleva a la Escuela Naval, establecida en amplios edificios bien pensados tanto para la higiene como para la instrucción de los futuros oficiales de navío; la nuestra, desembarcada recientemente del *Borda* para establecerse en tierra, está muy lejos de gozar de tan buenas instalaciones, y los oficiales del *Jules Michelet* que me acompañan envidian los espaciosos dormitorios, los lavabos y las duchas, como también las salas de demostración de las máquinas que dan testimonio de una enseñanza muy práctica y muy activa; desean que sus cadetes no esperarán mucho tiempo los perfeccionamientos que la penuria del presupuesto no ha podido darles todavía.

Yuxtapuesto a la Escuela Naval hay un museo marítimo muy interesante y lleno de gloriosos recuerdos. Se ve la flota chilena en tiempos de la independencia bajo el mando de Lord Cochrane, intrépido corsario británico venido del Mediterráneo. Conquistó el dominio de los mares y transportó el ejército de San Martín que liberó el Perú.

La guerra naval de 1879 entre Chile y Perú es evocada a su vez. Primero, el Combate de Iquique, con la muerte magnífica del comandante Arturo Prat, del cual acabo de saludar su estatua en la plaza principal de Valparaíso. Por último, he aquí la torre acorazada del *Huáscar*, acribillada de balas durante el Combate de Angamos en el

cual, el 8 de octubre de 1879, el monitor peruano fue capturado; me inclino ante estos gloriosos restos, testigos del heroísmo desplegado por el almirante Grau y los cuatro oficiales que ahí fueron sucesivamente puestos fuera de combate, luego de haberlo reemplazado en el mando. Un pueblo es feliz cuando puede mostrar tales recuerdos de gloria y educar sus hijos en medio de ellos.

Otros cuadros representan los combates librados por el ejército chileno en la misma guerra; noto que en esta época vestía el mismo uniforme que las tropas francesas, chaqueta azul, quepis y pantalón rojos. El almirante Nef me dijo que después de esta guerra, Chile pidió a Francia la misión militar que juzgara necesaria a la instrucción moderna de su ejército, pero el Ministerio de la Guerra estimó que el recogimiento se imponía después de nuestras derrotas⁵ y entonces Chile se dirigió a los oficiales alemanes., que dieron a las tropas chilenas un uniforme y un paso muy germánicos.

En efecto, los alumnos que vemos maniobrar y desfilar se esfuerzan por presentar la rigidez de los cadetes de Potsdam, de los que llevan el uniforme y su “parade schitt” es muy correcta. Me aseguran que se trata de un simple ejercicio de flexibilidad y me preguntan lo que pienso de ello; respondo con franqueza: una tropa que desfila frente a sus jefes, con la bandera desplegada a la cabeza, toma conciencia de su personalidad, vive verdaderamente y su alma se anima en ese instante. Los franceses levantan la frente y estiran las corvas, pero su paso conserva cierta flexibilidad y quedan tal cual son; los prusianos impusieron a todo el ejército alemán el paso de parada que llaman “paso de ganso” y esta marcha acompasada conviene a sus temperamentos, pero estimo que una vez más les falta psicología al imponerlo aquí, donde el carácter de la raza no se expresa por medio de esta rigidez. Sin embargo estaríamos imitándolos si concediéramos demasiada importancia a tales detalles. La Escuela Naval está bien instruida, ya que ejecuta maravillosamente los reglamentos en vigor en las fuerzas armadas chilenas; eso es lo esencial. En cuanto a las maniobras en tierra, rivaliza con la Escuela Militar de Santiago, donde se forman los oficiales del ejército; esta emulación da excelentes resultados.

La colonia francesa nos invita a almorzar al Club de Valparaíso y el número de invitados no va contra el orden de esta comida. Después, un tren especial nos lleva al balneario de Viña del Mar, donde visito el bello cuartel de los acorazados, el Club, el Club Hípico y el campo de polo, ya que este deporte británico está considerado aquí como muy importante.

Cuando volvemos a Valparaíso, los clubes francés e inglés que visitamos sucesivamente rivalizan en entusiasmo. Por todos lados veo veteranos de la Gran Guerra y evocamos nuestros recuerdos comunes. En el colegio de los Padres Franceses veo también huérfanos de guerra. Al final, la jornada se termina con un banquete en la *Intendencia*, el que reúne todas las autoridades y los cónsules de las potencias aliadas y

⁵ El autor se refiere a las derrotas de 1870, en la guerra franco-prusiana, en que Francia perdió las regiones de Alsacia y Lorena, recuperadas después de la Primera Guerra Mundial. NdT.

amigas de la Francia. El intercambio de brindis oficiales había sido muy cordial y noté la expresión del reconocimiento chileno por el genio francés; pero el senador G. Rivera quiso agregar un color nuevo mencionando los votos de todo el país por nuestra victoria y la alegría unánime que la había acogido.

Al día siguiente, un tren especial nos lleva a Santiago, luego de despedidas llenas de cordialidad. El Estado Mayor del *Jules Michelet* fue recibido la víspera en el Club Naval, mientras que son preparadas unas fiestas para la tripulación, que desembarcará por tercios: el embarque del carbón y de los víveres necesitará mantener numerosos equipos a bordo. Saliendo de Valparaíso, recorreremos un campo verde, bien cultivado y, luego de haber pasado varios desfiladeros rocosos llegamos a la vifurcación del transandino, que se dirige hacia Mendoza y Buenos Aires. El valle se ensancha, las altas cumbres de Los Andes cierran el horizonte hacia el este, mientras que hacia el oeste se extiende una cadena de montañas mucho menos elevadas que tienen entre 600 y 1.000 metros y cuya constitución geológica es anterior a la de la Cordillera. Entre estas dos cadenas, del 30° al 40° de latitud sur, se extiende todo el Chile fértil y poblado; al norte, los desiertos ricos en nitratos; al sur, selvas y minas cuya explotación comienza apenas; después, las soledades de la Patagonia, que son recorridas, hacia el estrecho de Magallanes, por numerosos ganados. En la zona central, que no ocupa un tercio del territorio chileno, viven los 7/8os de la población, tres millones y medio de habitantes de un total de cuatro millones.

La unidad de este pueblo ha sido facilitada por la densidad de la población, agrupada en la región central, lo que hacía posible la instrucción primaria que un gobierno esclarecido no dejó de desarrollar. Esta región central fue conquistada por los Incas poco antes de la llegada de los españoles; estaba poblada por la raza aymará, que se extendía en Bolivia y una pequeña parte del Alto Perú. El elemento indígena fue absorbido por los conquistadores y actualmente todos los chilenos hablan español, muchos leen y escriben esta bella lengua. Por supuesto que la sangre india es todavía visible en las clases laboriosas, los “rotos”, pero el lenguaje, la indumentaria, la religión, las costumbres son los mismos en todas partes y afirman la unidad nacional. Por lo que es de los aborígenes araucanos, hay que ir a buscarlos en el sur, donde combatieron hasta 1881, haciendo respetar por medio de tratados una especie de independencia obtenida luego de luchas, cuyo recuerdo no se ha perdido todavía y honora vencedores y vencidos. El río Bío-Bío sirvió de frontera a la dominación española y luego a la del gobierno independiente de Santiago.

El clima temperado y húmedo permitió prescindir de la mano de obra exótica; no hubo esclavos, por lo tanto no hubo negros; hoy no hay chinos, probablemente algunos muy escasos japoneses. Por otro lado, el alejamiento geográfico descartó los grandes movimientos de emigración; España envió veinte mil nacionales; los Estados vecinos de la América Latina más o menos lo mismo, pero estos aportes no alteraron en nada el fondo de la raza. Francia, Gran Bretaña, Alemania e Italia enviaron cerca de diez mil nacionales cada una; Austria y Suiza, apenas algunos miles. Todos estos emigrantes recibieron una excelente acogida; están satisfechos de la hospitalidad de Chile, que les

está reconocido por sus conductas honestas, por sus trabajos y por los capitales aportados para valorizar el país. Podrían ser muchos más numerosos sin el menor inconveniente y el Gobierno favorece sus llegadas en la medida de lo posible. En el Chile meridional quedan vastos espacios libres, casi sin cultivar, donde el clima esencialmente temperado es muy favorable al desarrollo de una importante colonización europea.

*

* *

3 – 5 de septiembre.

A través de campos risueños llegamos a Santiago, cuya población se acerca a las quinientas mil almas. Coronada por sus nieves eternas, la barrera de Los Andes domina la capital y es ése un fondo de cuadro único en el mundo.

Una multitud compacta y muy expresiva nos recibe en la estación. Los gritos de “¡Viva Francia!” resuenan por todas partes. Atravesamos la bella avenida de La Alameda, plantado con cuatro filas de árboles, donde las estatuas de los grandes hombres chilenos forman una especie de Panteón nacional⁶. En el círculo francés, llevamos a nuestros compatriotas el saludo de la patria lejana. Durante la tarde, me rindo a la audiencia del Presidente de la República, don Arturo Alessandri. Me habla de mi viaje y del estado de Francia, pero la conversación desvía rápidamente. Hablamos del doctor Gustave Le Bon del cual el Presidente es, como yo, un gran admirador; afirma que *La Psicología de las Masas* encuentra su aplicación en todas las latitudes y que debe sus triunfos políticos a los principios develados por nuestro sabio filósofo y tiene a bien encargarme de presentarle su admiración y su reconocimiento.

Una ceremonia solemne nos lleva al teatro municipal. El primer alcalde me entrega un diploma que me confiere el título de invitado de honor de la capital. El Intendente de la provincia de Santiago, don Alberto Mackenna de Subercaseaux me dirige en francés un magnífico discurso de bienvenida. Jamás un himno más entusiasta se ha elevado a la gloria de la Francia victoriosa, inmortal campeón del Derecho y de la Libertad... En la sala, todas las palabras llegan, subrayadas por aplausos repetidos y unánimes; era el sentimiento público el que expresaba el elocuente orador, al cual tuve la dura tarea de responder.

Encontré este sentimiento en todas las clases de la sociedad: en el Club de La Unión, en el Club de Señoras, donde tuve el honor de ser recibido, luego en el Club Hípico, donde se me llevó delante de las tribunas populares que aclamaban al enviado de Francia.

El 5 de septiembre fui objeto de los honores de la sesión del Senado y luego de la Cámara de Diputados. En cada una de ambas asambleas, su presidente me dirigió un discurso; luego, el Presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores habló a su vez..

⁶ Llámase *Panthéon* al templo en que se encuentran, en París, los hombres célebres de Francia. NdT.

Cómo estas voces eminentemente autorizadas expresaron con elocuencia la ardiente simpatía de su país por el nuestro, Cómo dieron testimonio de alegría por la victoria francesa, sin desbordar los límites de la cortesía extrema; por ejemplo don Padro Rivas Vicuña nos decía:

“Vuestra presencia, señores de Francia, evoca en nuestra memoria horas de angustia y de incertitud. Ella nos recuerda las crisis profundas de esos instantes en que la democracia resistió con dolor los ataques del imperialismo enorgullecido por la fuerza de sus espadas.

“¿Quién es aquél de entre nosotros que, temiendo asistir a la ruina de la Libertad, no sintió su alma bañada por una inmensa amargura!

“Las mujeres elevaban hacia el cielo secretas y tiernas oraciones ; los ciudadanos, irresistiblemente resueltos a luchar por el bien común, todos hacíamos votos fervientes por la paz, por una paz de justicia que consagre el libre desarrollo de las nacionalidades y de los pueblos en el trabajo y en el derecho.

“¿Y cuando se levantó la sublime aurora del triunfo, nuestros ojos, señores, se llenaron de lágrimas!

“La emoción y la alegría nos invadieron al escuchar vuestra *Marsellesa* victoriosa de brillantes ritmos resonar a lo lejos en acordes gigantescos sobre las aguas, en las tierras y por los aires”.

Tomé acta de esta solemne afirmación de una comunidad de sentimientos entre los dos pueblos en las horas más graves de la guerra y me comprometí a dar testimonio de ello en Francia, en toda ocasión. Luego los senadores y los diputados se reunieron en su sala común, donde conversamos familiarmente, y como hombres muy advertidos nos interrogaron sobre la situación actual en nuestro país. Las declaraciones más solemnes de los Gobiernos y la lectura de los diarios extranjeros dejan un poco de escepticismo en el espíritu; son documentos fragmentarios, una imagen parcelada de la situación, de la cual difícilmente puede reconstituirse el conjunto. Un conferenciante sería sospechado de parcialidad hacia su propio país; su palabra estudiada tiene con seguridad un aspecto de afirmación perentoria: aboga. Por el contrario, un testigo de manifiesta buena fe que se presta a los interrogatorios, que incluso los provoca, es más convincente.

Resumí, pues, nuestras cargas actuales valerosamente aceptadas por la nación, que se puso de nuevo al trabajo; algunas cifras sobre el estado de las regiones devastadas y de las reparaciones hechas por cuenta de Alemania, que organiza su quiebra, precisan la situación. El punto negro es la voluntad de nuestro antiguo adversario de escapar a la necesidad de pagar, de honrar su firma. Tal voluntad es la que hay que doblegar, pero ¿cómo? La guerra no es una solución, porque no podemos exigir más que una débil parte de lo que nos costó la última. Nadie puede desear la guerra, salvo algunos locos del otro lado del Rin, que sus conciudadanos terminarán por traerlos a la razón, hay que esperarlo. Sin embargo nuestros impuestos han triplicado,

cuadruplicado; algunos han quintuplicado y hemos encontrado nuevos medios de hacer pagar al contribuyente francés. Y nos endeudamos todos los días por cuenta de la Alemania, que se entrega a una orgía de gastos de todo tipo, cuadruplica sus líneas estratégicas, cava toda una red de canales, reconstruye su marina mercante, etc..., y pese al Tratado de Versalles el contribuyente alemán permanece mucho menos gravado que el contribuyente francés. ¿Es justo? ¿Puede causar sorpresa cuando nuestro Presidente del Consejo habla de agarrar por el gaznate un deudor recalcitrante cuya mala fe es evidente? Me pareció que este informe, un poco desordenado, hecho sin exageración e indicando que si hacemos bastante bien ahora, contamos hacer mucho mejor mañana, produjo cierta impresión.

Visité los establecimientos de instrucción y de beneficencia donde nuestros religiosos y religiosas se entregan como en todos lados a las mismas buenas obras con el mismo éxito.. Noté especialmente los talleres de los Hermanos de la Doctrina Cristiana y admiré particularmente la acción de los Padres Asuncionistas, conductores de masas, que no pararon durante la guerra de organizar manifestaciones francesas y de mantener despierta la simpatía de los chilenos por la causa de la Entente.

Un destacamento de las tres armas me fue presentado en el campo de maniobras y tenía muy buen aspecto. La Escuela de Caballería conserva las excelentes tradiciones de su cuerpo, que jugó durante la guerra de 1881-1887⁷ el papel más brillante; los alumnos oficiales montan intrépidamente excelentes caballos. La Escuela Militar recuerda mucho la Escuela Naval. Tradicionalmente, Chile rodea su ejército y su marina con un afecto esclarecido. Con ocasión de mi visita, las puertas de la Escuela Militar se abrieron ampliamente a las familias de los alumnos que recorrieron las salas de estudio y los dormitorios constatando el orden y la higiene que reinan en ellos.

Todas estas recepciones nos pasean por la capital, abierta con largueza por avenidas que tienen como perspectiva la imponente cadena de Los Andes.. Sin embargo, algunos barrios tienen calles un poco estrechas para la circulación intensa que transporta todo un pueblo, visiblemente muy ocupado. Es una colmena que trabaja. Aquí no hay paseante, me dicen, y el hecho de detenerse para observar pasar es a él solo una manifestación absolutamente insólita. A causa de los temblores, la ciudad está construida con casas muy bajas; es por eso de una gran extensión; los nuevos barrios disponen de vías muy anchas, pero los recursos faltan aún para su mantención. París tampoco se hizo en un día. Algunos hermosos monumentos toman todo su valor en medio de las plantas bajas y de las casas con dos pisos. Pero los recuerdos del pasado son escasos.

⁷ Un error de fechas del autor. La última campaña de la guerra del Pacífico, la Campaña de la Sierra, se terminó en 1884, un año después del Tratado de Ancón, que puso fin oficialmente a las hostilidades entre Chile y el Perú. NdT.

No obstante, se ha conservado la ciudadela construida en 1541 por Valdivia⁸, Santa Lucía, donde el conquistador de Chile resistió victoriosamente a los asaltos de los indios; está rodeada de un bello parque donde se eleva su estatua, el único monumento que perpetúa el recuerdo de un conquistador. Hernán Cortés y Francisco Pizarro no tienen. Pero la memoria de Valdivia no se oscurece con las mismas atrocidades que mancillaron las de sus émulos en la gloria y murió con las armas en la mano en el curso de una expedición contra los salvajes araucanos del Chile meridional.

Santiago no es solamente una ciudad de negocios; se enorgullece también de su universidad y de sus establecimientos científicos. La sociedad es muy instruida y el enseñanza del francés no sólo figura como obligatoria en los programas oficiales sino que, más que en otros lados, los estudios de derecho y de medicina se hacen directamente en obras editadas en lengua francesa y en la biblioteca pública de Santiago se leen más libros en francés que en Castellano.

Hemos estado plenamente satisfechos con las más delicadas atenciones. Las recepciones en nuestro honor se multiplican y la dada por el Presidente de la República fue particularmente brillante.

La colonia francesa, cuya acogida es de una emocionante cordialidad, nos ofrece un gran banquete.

La prensa, muy seria y muy bien informada, publica detalles circunstanciados sobre la carrera de cada uno de nosotros: es una ocasión para recordar la historia de la Gran Guerra⁹. Hasta Baba, mi ordenanza sudanés, se hace un personaje de actualidad; con respecto a nuestro viaje se le presta las impresiones más curiosas pero, como se sabe, sólo se presta a los ricos. En realidad, Baba, que aprendió a leer y escribir durante la guerra, es un observador muy atinado y en este país, que raramente son bien vistos los hombres de su raza, es una propaganda viva para nuestras tropas negras. Todo lo que dice y hace aparece en la prensa. Nuestra presencia misma es utilizada por una ingeniosa publicidad. Leo en efecto en gruesos caracteres: “EL ILUSTRE GENERAL MANGIN SE ENFURECERÁ CONTRA USTED...” y en más pequeño “...si usted no compra su sombrero en la Sombrerería ‘La Perfección’ tal calle, tal número”.

*

* *

6-7 de septiembre

⁸ Del sitio del Santa Lucía sólo queda, del tiempo de Valdivia, su emplazamiento. NdT.

⁹ Llámase *Gran Guerra* a la primera guerra mundial. NdT.

Nuestro tres días en Santiago pasaron muy rápidamente. Hemos aquí viajando en tren especial hacia el sur a través del valle central. Viajamos entre la cadena costera y Los Andes, siempre imponentes, en medio de verdes praderas y de campos fertilizados por una irrigación artificial. En todas partes están las pruebas visibles de un trabajo constante, favorecido por un régimen de grandes propiedades inteligentemente manejado.

En cada estación la población reunida aclama la misión francesa. Debemos pasar por Talca sin detenernos, pero el jefe de estación decide de por sí hacer detener el tren, que es tomado por asalto por veteranos franceses en uniforme: hay que admitir esta suave violencia y bajamos para intercambiar algunos brindis con las autoridades locales y con los veteranos.

Por eso, la noche ha caído cuando llegamos a Concepción, donde la ovación nocturna es particularmente entusiasta. Cenamos en el *Círculo Francés* y estoy hospedado por una buena familia de origen francés, donde me acogen once hijos. Al día siguiente, después de la visita a los establecimientos franceses, donde voy a felicitar y agradecer una vez más nuestras religiosas, tiene lugar la puesta de la primera piedra del monumento destinado a honrar los muertos de la Gran Guerra, soldados franceses y voluntarios chilenos que partieron de aquí para ir a combatir en lejanos campos de batalla. La Municipalidad dio un terreno en un hermoso paseo público, donde desfilan las tropas en gran uniforme. Un grupo de ex oficiales ingleses retomaron el uniforme para acompañarme durante esta ceremonia impresionante.

Mis anfitriones me dieron cuenta, de parte de toda la población, el interés por los acontecimientos de la guerra y me enumeran las suscripciones para nuestros hospitales y las fiestas de caridad, de las cuales se conserva en recuerdo la fotografía de vendedoras chilenas disfrazadas en alsacianas y lorenas. El *Comité Francia-América*, que me recibió ya en Santiago, es aquí particularmente activo.

El *Jules Michelet* está en Talcahuano, muy cerca de aquí, donde una empresa francesa construye un nuevo puerto. El almirante Pugliesi-Conti llevará mis votos y los estímulos de la metrópoli. Se juntará con nosotros mañana en el pequeño puerto de Lota, donde llegamos caída la tarde.

En Lota, una empresa de origen francés abrió unas minas de carbón cuyas galerías se extienden bajo el Océano. Su visita es muy interesante; descendemos por un pique a 300 metros, luego un pequeño tren eléctrico nos lleva a 3 kilómetros bajo tierra y bajo el mar, donde comienzan las galerías de explotación. Los ingenieros trabajan en un hermoso castillo en medio de un parque magnífico que contiene, en este país privilegiado, la más extraordinaria diversidad de árboles que haya visto; todos los de nuestros climas, todos los de los trópicos, con las especies particulares de Chile, entre las cuales todas las variedades de la espléndida *araucaria*. Este dominio cubre toda una península bordeada por acantilados, donde se han construido pintorescos miradores. La minas de carbón se acoplaron con las minas de cobre, de ahí la fundición que estamos viendo; la tierra parda del lugar permite fabricar tubos y jarras de excelente calidad.

Para la entibación e las galerías se ha comenzado a explotar una vasta concesión forestal, siendo sus productos muy superiores a las necesidades, los que dan entradas suplementarias. Hay ahí todo un conjunto muy interesante que nos es explicado por el personal director, cuya acogida es muy cordial.. Los obreros se hacen de un manejo un poco difícil, la huelga es amenazadora, porque han sido enviado algunos destacamentos de tropa. Se aprecia mucho de que el alcalde, presidente del Sindicato obrero, haya venido a pesar de sus opiniones avanzadas, saludar al general que venía saludar su país en el nombre de Francia.

El *Michelet* está en la rada de Lota. La cena nous reúne a bordo con nuestros anfitriones de hoy y los de ayer. Nos despedimos de los oficiales chilenos puestos a mi disposición y que fueron de la más preciosa ayuda durante estos días de recepciones tan recargadas. Su presencia nos permitió de tomar contacto con el cuerpo de oficiales del bello ejército chileno y constatamos su presentación brillante, su excelente espíritu militar, su ardor en el trabajo y una preciosa calidad, aunque sea negativa, su alejamiento de la política.

*

* *

9-15 de septiembre.

Estamos nuevamente en el mar. Una vez más intercambiamos nuestras impresiones y fijamos nuestros recuerdos. Es un pueblo unido, fuerte, admirablemente evolucionado el que acaba de acoger los enviados de Francia con manifestaciones de simpatía que a menudo alcanzaron al entusiasmo.

Esta nación está con razón orgullosa de aplicar efectivamente los principios de sus instituciones liberales. Soporta con coraje la crisis mundial y, recurriendo a la ciencia de los economistas franceses para establecer su régimen financiero, señala su intención de buscar el equilibrio presupuestario con un sistema de impuestos perfectamente sano que ya no se apoyará en el producto aleatorio de sus importaciones y exportaciones. La deuda pública no es exagerada y los compromisos tomados por el Gobierno siempre han sido cumplidos con una escrupulosa exactitud; en el momento de los disturbios que causaron un inicio de guerra civil, rápidamente yugulada, cada una de las dos partes había garantizado el pago de la deuda y esta preocupación en momentos parecidos muestra el precio que todos otorgan a la buena reputación financiera del país.

La industria da más que esperanzas; las realizaciones comienzan y mantienen un carácter nacional a pesar del recurso obligado a los capitales extranjeros.

La representación oficial de Francia se realiza con mucha distinción. Además de ello algunos de nuestros compatriotas están a la cabeza de empresas florecientes y el

conjunto de la colonia francesa se presenta bastante bien. Casi no existe un país extranjero donde la lengua francesa se hable tan corrientemente, donde nuestra literatura y nuestras artes sean apreciadas con tanto gusto, donde el espíritu francés sea tan bien comprendido.

Queda por explicar por qué Chile permaneció neutro durante la guerra mundial y aquí hay que recurrir a aquéllos de nuestros connacionales que estaban ahí durante las hostilidades porque su edad los alejaba del campo de batalla. Primero, Chile está agradecido por el hecho de que Alemania manifestó sus simpatías durante la guerra del Pacífico de 1879-1883. El señor Bismack había impedido una intervención de los Estados europeos, a la que los invitaba los Estados Unidos del Norte, cuya política extranjera estaba dirigida entonces por Mr. Blaine. A falta de una misión militar francesa, el ejército chileno había sido modernizado por oficiales alemanes; los oficiales chilenos habían sido muy bien recibidos durante su período de práctica en el ejército alemán; profesores iban a continuar sus estudios en Alemania encontrando grandes facilidades, tanto como el comercio y los bancos encontraban igualmente para desarrollar sus actividades específicas. Colonias alemanas se habían establecido en el sur de Chile, entregando un trabajo asiduo y aportando capitales. Por último, la propaganda alemana había sido organizada admirablemente desde los tiempos de paz y conservó mucha influencia hasta que la nuestra, más lenta, haya hecho sentir sus primeros efectos.

Pero es inexacto decir que Chile enfeudado por completo a la Alemania y que está todavía bajo su influencia.

La élite intelectual, escritores, hombres políticos de valor, artistas, se ha sustraído siempre a todos los elementos de cierta cultura. En los días más sombríos, numerosos han sido los amigos que nunca han desesperado de Francia: la latinidad no es una palabra vana. Pero la masa permanecía dividida y los intereses materiales iban a favor de nuestros enemigos.

Si Chile permaneció neutro durante la guerra, se alegró sin reservas y muy sinceramente con nuestra victoria y tomó mi visita como una feliz ocasión de testimoniario. Sería pues muy mezquino de guardar rencor a este pueblo altivo, justamente susceptible, lleno de futuro.

Henos aquí en las aguas de Coronel donde, el 1° de noviembre de 1914, cinco pequeños cruceros ingleses encontraron igual número de buques alemanes con armamento muy superior. Los marinos del *Jules Michelet* tomaron las armas para rendir homenaje al heroísmo que desplegaron aquí sus camaradas británicos; cuando tal acontecimiento sucede en tierra, el pueblo, el cerro, el arroyo están como testigos del combate; a menudo se levantan las cruces fúnebres, escasas o densas según el encarnizamiento del combate. Nada de tal en el Océano. El cielo y las nubes, idénticas en todos lados. Un oficial lee un relato muy simple de este acontecimiento y las dos escuadras están frente a nosotros evocadas de repente. El almirante británico ataca, pese a la desproporción de sus fuerzas, porque hay que obligar al enemigo al combate e impedirle de continuar sus depredaciones. Tiene razón, porque detrás de él está toda la

flota inglesa que puede dar tres, diez unidades para la destrucción de una alemana y que debe asegurar el dominio del mar para la seguridad de todas las comunicaciones de la Entente.

Vemos que la lucha desigual comienza al fin del día y proseguirse en un mar muy agitado, más sensible a los barcos ingleses de pequeño calado y cuyo tiro es inseguro; el *Good Hope*, gravemente averiado se hunde, con su bandera siempre al tope; el *Monmouth* encalló y los tres cruceros ingleses que quedan no pueden proseguir esta lucha desigual. El 8 de diciembre, el almirante Sturdee vengará este glorioso fracaso y destruirá toda la escuadra alemana en las aguas de las islas Falkland. La banda del *Jules Michelet* toca el *God save the King*, la tripulación presenta armas y el pabellón francés saluda largamente. Me pareció que debía quedar huella de esta lección de heroísmo dada a nuestros marinos y la telegrafía sin hilo transmitió el informe de ella al Ministro de Inglaterra en Santiago y al Cónsul de Valparaíso, los que habían mostrado una gran simpatía por la misión francesa¹⁰.

*

* *

Estamos en los mares más tormentosos del mundo, donde las olas se elevan hasta 22 metros de altura. Pero el tiempo es relativamente favorable. Por lo demás el almirante tomó la decisión de pasar por los canales laterales, a través de las islas que bordean la costa americana del Pacífico Sur. Tenemos buenos pilotos: el almirantazgo chileno tuvo a bien prestarnos un capitán de corbeta que conoce admirablemente la navegación en estos parajes. La ruta está muy bien balizada con señales bastante visibles de día, pero no está iluminada por ningún semáforo, porque las vueltas obligarían al

¹⁰ A mi regreso a París recibí la siguiente carta de Lord Hardinge of Penshurst, Embajador de Inglaterra en París :

« Mi general,

« En el curso de vuestro reciente viaje en América del Sur, encontró usted varias veces la ocasión de pronunciar nobles y generosas palabras con respecto a mi país. Usted no se limitó a recordar a esos países lejanos el recuerdo heroico de Francia, sino que quiso asociar a él el de su amiga y aliada.

« Mi Gobierno me ha pedido tener a bien ser su intérprete delante de usted para expresarle la satisfacción que sintió al saber de esos generosos tributos. La noticia de que usted haya conmemorado con un acto militar armado el combate naval de Coronel le causó una profunda emoción y estoy encagado de dirigiros sus vivos agradecimientos por este gesto gracioso, al cual estuvo particularmente sensible.

« Además de cumplir con este agradable deber, me apresuro a ofrecerle mis felicitaciones más cordiales por el brillante éxito de vuestra misión.

« Le ruego aceptar, mi general, la expresión de mi alta consideración.

« Firmado : HARDINGE OF PENSHURST ».

mantenimiento de faros muy numerosos, cuyo gasto sería desproporcionado con su utilidad, siendo los barcos que frecuentan estos lugares muy escasos. Los vientos son, en efecto, muy violentos y a menudo soplan con ráfagas en los corredores formados por los altos acantilados; en el dédalo de islas las corrientes son también de una violencia desigual que depende de la hora de la marea. Por último, el canal navegable es muy estrecho y para poder gobernar contra viento y marea hay que conservar cierta velocidad, maniobrar rápido y justo. La mayoría de los marinos prefieren, pues, pasar por alta mar.

Fondearemos tres noches seguidas y no perderemos ni un instante del espectáculo magnífico que despliega delante nuestro esta verdadera navegación de recreo, que para nuestros oficiales es un útil ejercicio que se ha hecho escaso en sus carreras. Además podrán dar precisión a las informaciones demasiado generales que nuestra marina poseía sobre estos parajes.

La forma de las montañas y el dibujo de la costa varían sin cesar, pero continúan siendo severos. Estamos a principios de septiembre, es decir al final del invierno en el hemisferio austral, donde las estaciones están invertidas; la nieve cubre las cumbres de la cadena costera y se acerca del mar a medida que progresamos hacia el sur; el primer día, ella se quedaba a 400 ó 500 metros de altura; el tercero baja a 50 ó 60 metros. Los árboles, frondosos primero, se hacen cada vez más escasos; ya no hay sino matorrales; luego solamente grandes líquenes verde oscuro que cubren las rocas; en las grietas parecen enormes esponjas llenas de agua. Miríadas de pájaros siguen nuestra estela, especialmente una especie de gaviota que los ingleses llaman *palomo del Cabo* a causa de su forma y nuestros marinos *petrel*, a causa de las plumas alternadas negro y blanco¹¹. Lanzan unos gritos espantosos y se precipitan en grupos sobre la menor pizca de alimento, que pertenecerá sin duda al primer llegado; se disputan sin pelear. Siguen el *Jules Michelet* describiendo grandes círculos sin hacer esfuerzos; yo calculo que avanzan tres a cuatro veces más rápido que nosotros, 60 u 80 kilómetros por hora. Se les captura fácilmente al dejar arrastrarse en la parte de atrás una larga cuerda donde se enredan sus alas. Grandes albatros nos siguen de a dos desde lejos.

Es una impresión singular navegar así en medio de tierras desiertas, donde la mano del hombre sólo se revela en una roca pintada de blanco, una boya, una pequeña torre vacía. No obstante, al segundo día, una canoa construida con corteza vino hacia nosotros, con un hombre y dos mujeres vestidos con pieles de animales y se nos juntó en fondeadero de Puerto Edén. En medio de la canoa humeaba un pequeño brasero; fue esta costumbre de llevar consigo el fogón lo que habría hecho llamar esta región *Tierra del Fuego*. Estos salvajes nos hicieron comprender por signos que querían comer; una de las mujeres tenía una ancha herida en la espalda, por lo que pedí al doctor de hacerle una curación. Se prestó al tratamiento con una indiferencia animal. Estas pobres gentes viven de sus pescas y de hierbas silvestres. Nunca he visto, ni siquiera al centro del África, una humanidad tan cercana de la bestia.

¹¹ Otro nombre del petrel, en francés, es *damier*, es decir, tablero de damas o de ajedrez. NdT.

Se nos trae unas cholguas enormes; las de nuestros mares son a lo más del largo de nuestro dedo meñique; ellas sobrepasan de un codo.

Pero, para poder fondear, nuestro crucero debe virar tres veces en ángulo recto en algunas centenas de metros, a gran velocidad a causa de la corriente. Para contemplar esta hermosa maniobra, todos los oficiales están en el puente de mando; se ejecuta con una facilidad extraordinaria. A mi lado, a un joven guardiamarina se le escapa: “¡Este minuto vale la travesía!”

Al tercer día fondeamos a la entrada del estrecho; al día siguiente en la mañana, al salir de los canales estrechos, sentimos la gran ola de alta mar, la misma que hace cuatro siglos anunció a Magallanes que había terminado de rodear el continente americano y que acababa de descubrir el nuevo Océano: la ruta de las Indias por el oeste le estaba abierta, vanamente buscada por Colón cuyo sublime error “había descubierto la fachada de un mundo nuevo, mientras que creía golpear a la puerta trasera del viejo mundo”. Y Magallanes virtió aquí lágrimas de alegría.

Solamente después de tres meses de navegación encontró las islas Ladrones (las Marianas), luego las Filipinas, donde fue muerto en un encuentro con los indígenas. Una sola de las cinco pequeñas carabelas que mandaba volvió a España; pero aquella había ejecutado por primera vez la vuelta al mundo. Puesto que Magallanes había doblado la punta sur del continente americano y alcanzado el mar libre, había resuelto el problema: en ese instante memorable, la forma de la tierra, sus dimensiones, sus continentes y sus océanos se mostraban al hombre por vez primera.

El estrecho es más ancho que los canales laterales; las dos orillas son cortadas de la misma manera, con montañas bastante elevadas. Las islas de la costa tienen formas abruptas hasta la mitad de la distancia entre los dos océanos, marcada por el Cabo Forward. A partir de ese punto, la costa se hace arenosa y las alturas se alejan de ella.

Llegamos frente a Punta Arenas hacia las veintidós horas; el tiempo está despejado, las luces de la ciudad y los fanales de los navíos en la rada iluminan una hermosa noche.

El 15 de septiembre en la mañana, después del intercambio de visitas oficiales, recorreremos la ciudad que es la más austral del mundo.. Debe el rigor de su clima a su situación en espiga en medio de mares tempestuosos de este hemisferio; un viento perpetuo que generalmente es de gran violencia reina aquí, con tormentas acompañadas de fuertes lluvias o de borrascas de nieve. Hoy el sol brilla, el viento es tolerable y estamos en un período excepcional: “Sólo tenemos ocho días de buen tiempo por año, nos dice un habitante del lugar, y ustedes ya han tomado cinco...” Lo peor es que nunca podremos devolvérselos.

La zona vive de la crianza, especialmente del cordero, introducido hace medio siglo y que lo único que ha hecho es crecer. Las instalaciones frigoríficas son bien

pensadas; una flotilla de veinticinco vapores, de los cuales quince están al servicio de una empresa francesa, hace el servicio entre este puesto perdido y la costa americana. Los correos son muy irregulares, puesto que ninguna línea de navegación está en contacto con estos rincones. No hay rutas, no hay ferrocarriles, ¡todavía no hay telégrafo! La invención de la T.S.F.¹² presta aquí preciosos servicios. Los treinta mil habitantes viven especialmente de sus propios recursos y se sienten literalmente al fin del mundo. La colonia francesa, muy simpática, está feliz de ver un hermoso barco arborando el pabellón tricolor. La recibo a bordo.

La guarnición se compone de un batallón que su jefe me presenta y hace desfilar delante de mí muy correctamente. Acepto su invitación a almorzar en el casino de oficiales. Hizo una práctica de dos años en el ejército alemán y nos comunica observaciones interesantes. La colonia francesa me invita a cenar en el hotel y la velada se termina con un baile en el Círculo Francés, donde nuestros jóvenes oficiales de marina obtienen sus éxitos habituales. Pero no pueden continuarlos mucho tiempo, puesto que zarpamos a las once y media de la noche.

Notas del Traductor

“*La Cuestión del Pacífico*” es el capítulo VI del libro del general francés, Charles MANGIN “*Autour du Continent Latin avec le ‘Jules Michelet’*”. El grueso volumen de “En torno del Continente Latino” lleva bien su nombre, porque comenzando por las Antillas Francesas, se dirige a Guatemala, Panamá, Perú, Chile, Argentina, Uruguay y el Brasil a bordo del crucero acorazado de la marina francesa, el “*Jules Michelet*”.

De cada una de sus escalas deja notas muy instructivas basadas en sus observaciones; pese a ciertos errores o inexactitudes, su escritura es clara y amena, concisa y rigurosa yendo siempre a lo esencial. Durante la navegación se entrega a reflexiones de orden político, diplomático y técnico-militar. A continuación del presente capítulo, se entrega la traducción del Capítulo IX, donde aborda aspectos y puntos de vista sobre Chile.

El General Mangin fue un héroe de la Primera Guerra Mundial, habiendo participado especialmente en Verdún, en la catastrófica ofensiva de Nivelles y en la segunda batalla del Marne, donde rompió el frente alemán. Luego de liberar algunas ciudades de la Lorena ocupó la Renania.

Varias obras de interés militar y algunas memorias de viaje, entre las cuales se cuenta “*Autour du Monde Latin...*” llevan su firma, lo que lo hace entrar al círculo de los hombres de letras; habría podido ser un hombre político si su muerte prematura no hubiera venido a impedirlo.

¹² Telegrafía sin hilo. NdT.

El relato, los análisis y los comentarios sobre “la cuestión del Pacífico” hechos por este militar francés de alto grado, sorprenden por la extrema minucia con que aborda los hechos desde dos perspectivas: la del militar y la del historiador. En tanto que militar, estudió los acontecimientos y los protagonistas, dejándonos, en su calidad de historiador, testimonios que algunos detalles inéditos, salidos sin duda de los archivos militares franceses, vienen a ilustrar el hilo histórico de la gesta del Pacífico.

Hernán Minder Pino